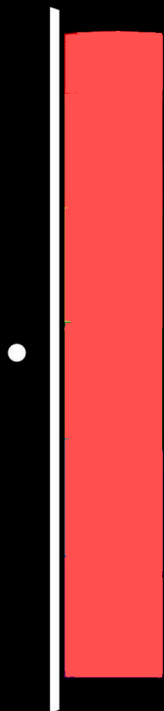


EL MARIDO DE MAMÁ



Henry Peña

El marido de mamá

Novela

Henry Peña

Henry Peña
Cultura Chacao

Maracaibo, 2022.
SEGUNDA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798843810931

Curaduría:
Jorge Morán

Corrección:
Alirio Hernández

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

A Dios todopoderoso
A mi amada madre Carmen
A mi adorada familia
A Davis Borges, Eneida Avila, Davis Basalo
y Daniuska Tovar y mis queridos amigos
y vecinos de El Pedregal
Gracias a todos por acompañarme en el sueño de
plasmar esta obra literaria llena de vivencias,
carisma y emociones.
Al alcalde Gustavo Duque, que ha creído en mí
y siempre ha impulsado las iniciativas culturales,
artísticas y literarias de nuestro municipio Chacao.
Gracias hermano, por hacer realidad esta primera
edición impresa para nuestra amada Venezuela.

Estaba frente a la entrada de su casa, en una de esas urbanizaciones del este de Caracas. Iba cayendo la tarde y dudaba en entrar, pues no sabía qué encontraría adentro. Él, un adolescente de aproximadamente trece años, había pasado toda la tarde vagando por las calles, luego de salir de la escuela. Eran los finales de la década de los 80 y aún la capital del país no reflejaba el paraíso de delincuentes que sería en el futuro. Por fin se animó y entró. En la pequeña sala se encontraba su padre, un hombre de cincuenta y dos años, de mal aspecto, espesa barba y aliento a licor. La mirada del jovencito se fijó en la desaliñada figura que con una mano desajustó la correa y abrió el cierre de su pantalón, mientras que con la otra le señalaba el camino a la habitación. Al caminar hacia el lugar indicado por su padre, las piernas le temblaban, el pulso se le aceleró; estaba muerto de miedo. No tenía maneras de defenderse, no podía gritar; su silencio era estremecedor, al igual que su llanto ahogado. En ese momento era un inocente devorado por su depredador en su propia casa, sin testigos; su madre ya no estaba con ellos, y él estaba a merced de la voluntad de su padre.

Era como una pesadilla que se tatuaría en la piel y en su memoria, para nunca abandonarlo. Pero se juró a sí mismo que se vengaría algún día, y cortaría para siempre ese círculo de doloroso horror.

Algunos años después, su padre sería encontrado sin vida en el baño del domicilio. La policía determinó

que - producto de su estado étlico - se había caído y sufrido un traumatismo craneo encefálico.

Ahora el joven era libre al fin. Su única tía materna lo acogería hasta que se hizo adulto. Pero el horror sufrido, el daño causado, el rencor acumulado, devendría en algo peor.

Hacía un día soleado y el tránsito estaba especialmente pesado. Ana María, una hermosa mujer de unos cuarenta años, de tez blanca y cabello negro muy largo, manejaba su automóvil cantando gaitas, muy feliz. Sonó el celular y atendió con el *manos libres*.

—Sí, rey, te dejé el desayuno en el microondas. ¿Ya te vas a la universidad? Ok, entonces, feliz día... Dios te bendiga. Sí, voy directo a la oficina, nos vemos en la tarde. Colgó y siguió conduciendo su auto.

En su apartamento, ataviado con una toalla, salió Pablo del baño. Rosaura, la señora que lo atiende, le dijo desde el comedor:

—El desayuno está fresco y servido, señor Pablo.

—Gracias, Rosaura. ¡No sé qué haría sin ti! ¡Eres un sol!

—Por eso debería casarse. La soledad no es buena compañera, le dijo, mientras acomodaba los trastes en la mesa central de la cocina.

—Estoy en planes de boda. Pronto te daré la noticia de mi segundo matrimonio, le comunicó Pablo.

—¡Sería la noticia del año!, dijo Rosaura, con una ale-

gría contenida, pero esbozando una sonrisa que Pablo no pudo ver.

—Mire que quiero dejarlo con la certeza de un matrimonio en puertas. Recuerde que dentro de unos días me marcho con mis hijos a mi pueblo.

Fabricio y Daniel estaban en la Universidad Central de Venezuela, caminando por los pasillos.

—Los tiempos han cambiado, dijo de pronto Fabricio. Estoy seguro de que tu familia va a entender.

—Sobre todo mi abuelo, que parece un general, respondió Daniel, poco convencido de las palabras de su amigo. Vengo de una familia muy conservadora, agregó.

—Debes revelar lo que eres. No es una vergüenza, no estás enfermo, le dijo Fabricio, recalcando en sus palabras un ánimo que le era ajeno a su compañero.

—Olvidalo Fabricio; júrame que jamás dirás nada. Entiende que sería un golpe muy duro para la familia.

—Pierde cuidado, jamás diré nada. Es tu vida; no me pertenecen tus secretos.

—Si me atreví a decirte mi verdad es porque eres mi mejor amigo, y sé que no me vas a defraudar, dijo con aires de seguridad Daniel.

Ana María ya llegó a su casa, una quinta muy amplia, sobrecargada de adornos y muebles para gustos muy refinados. En su habitación, mientras se cambiaba,

permanecía ensimismada en una única idea: “¿Me pedirá matrimonio? Si lo hace, aceptaré. Es hora de rehacer mi vida”.

—¡Mamá, mamá!, se escuchó gritar a Daniel, llegando a casa.

—Estoy en mi cuarto, respondió Ana. Daniel subió a la habitación.

—Llegaste temprano, le dijo, un tanto extrañado.

—Es viernes y estoy cansada.

—¿Entonces hoy no te vas a ver con el hombre misterioso que aún no me presentas, verdad? ¿Cómo es posible que todavía no lo conozca?, le preguntó Daniel, en tono juguetón.

—Quiero estar muy segura del paso que voy a dar. Llevo cinco años divorciada, y créeme que divorciarse duele. No quiero fracasar de nuevo...

—Dime Ana María Luján, ¿amas a ese hombre?, preguntó Daniel ahora en tono serio.

—¡Con todas mis fuerzas! Lo amo demasiado, respondió segura, pero cautelosa al mismo tiempo.

—¡Entonces no titubees, entrega todo por amor, sonríele a la vida!

—Es...

—Invítalo a cenar, la interrumpió Daniel. Formalicen un compromiso. Mira, invitas a los abuelos y hacemos una gran cena familiar.

En la oficina principal de un bufete de abogados, se encontraban dos colegas.

—Y entonces... ¿Te lanzas o no?, preguntó Gregorio.

—Amo demasiado a esa mujer, respondió Pablo. Le voy a pedir que nos comprometamos y que sea mi esposa.

—Eso es, Pablo, con decisión y firmeza. Ella es una mujer profesional, brillante, hermosa y además, te ama.

—Después de mi tormentoso matrimonio, creo que al fin he encontrado a la mujer de mi vida.

—¿Qué tal si vamos a un bar y celebramos tu adiós definitivo de divorciado, y volvemos a darle la bienvenida al estado civil casado? le preguntó sonriendo su socio Gregorio.

—¡Te compro la idea! Rocío... Rocío, llamó Pablo, mientras entraba a la oficina la joven secretaria de baja estatura, con lentes y cabello rojo y corto.

—Dígame, doctor Pablo.

—Escucha, ya me retiro. Me voy con mi colega a celebrar. Te dejé todos los documentos revisados para que sean entregados a cada cliente esta tarde.

—Muy bien. Me parece magnífico que salgan a divertirse un rato. Ambos abogados se dispusieron a retirarse, mientras ella ordenaba las carpetas sobre el escritorio.

En el estacionamiento de la casa de la familia Luján, se encontraba Daniel:

—Voy saliendo, Fabricio; espérame en el sitio. En media hora estoy allá.

En la sala, hablaban Ana María y Teresa, su mamá.

—Me sorprende que me visites sola, mamá...

—Tu padre decidió quedarse en cama viendo el juego de béisbol, se excusó Teresa. Tú sabes, magallanero hasta la muerte. Ahora explícame para qué me pediste venir a tu casa.

—Mamá, me decidí, dijo muy seria, casi sin emoción, con cara de estar esperando al momento una respuesta.

—¡Alegría que me causas, hija! Te mereces una nueva oportunidad.

—Bueno, primero nos vamos a comprometer; que conozca a mi familia, y que ustedes lo conozcan a él, agregó Ana María más calmada.

—¡Cena y demás!, me imagino...

—¡Claro, mamá!

—¿Qué dice mi nieto?, preguntó de seguidas Teresa.

—Tú sabes que me gané la lotería con Daniel. Está muy contento; mi hijo quiere verme feliz.

—Muy bien. La verdad es que Daniel es buen hijo. Pero, bueno, tenemos que hacer una cena muy especial. ¡Al fin voy a conocer a tu novio!

—Un abogado reconocido,... un complemento bien destinado para mí.

—Me imagino la cara de tu ex, susurró Teresa, sonriendo.

—A Mauro y a mí lo único que nos une es nuestro hijo, respondió rápidamente Ana María. Él se casó y rehízo su vida.

—Quien va a tener una orquesta en su cuerpo es tu padre, señaló Teresa, recuperando su seriedad. Tú sabes que el viejo Mario Luján es amante del matrimonio y cree profundamente en la pareja.

—¡Ay, estoy emocionada, mamá!, gritó Ana María, mientras caminaban hacia la sala, tomadas de la mano.

Sentados en una mesa de un centro nocturno, se encontraban Fabricio y Daniel. La música parecía, por la hora, relajar el ambiente y animarlo al mismo tiempo. Como ellos, en otras mesas, había jóvenes bien vestidos, con clase, hablando, algunos gritando y tomando en copas y vasos de vidrio bebidas de todo tipo.

—¡Se casa mi mamá, chamol!, disparó Daniel a bocajarro.

—O sea, ¿vas a tener padrastro?, preguntó Fabricio, juguetón y animado.

—Esa palabrita es chocante: “Padrastro”. Pero es que va a suceder, agregó calmado Daniel.

En ese momento llegó Aurora, una muchacha elegante, con vestido negro *strapless*, que dejaba ver sus hombros cuidados, tersos, juveniles.

—¿Cómo están?, preguntó, mientras Fabricio se levantaba de su asiento y arrimaba una silla para que ella se sentara.

—Mi amor, siéntate por aquí, le dijo amablemente.

—¿Una birrita?, preguntó Daniel, tratando de ser atento.

—Mejor un coctelito, respondió ella. ¡Esas clases de la universidad me tienen local!

—Estás bellísima, mi amor, le dijo Fabricio, y la besó en la boca; un beso tierno y amoroso, mientras colocaba su mano derecha acariciante sobre su hombro.

—No comiencen a comer delante de los pobres, reclamó risueño Daniel.

—Estás solo porque te da la gana, Daniel. Buenmozo eres, y además, Andreina se muere por ti.

—Aurora, Andreina no es mi tipo.

Mientras, en otra mesa cerca de los jóvenes, Gregorio y Pablo tomaban un trago y conversaban.

—Brindo por eso, colega, dijo Gregorio, alzando su vaso solemnemente.

—¡Salud!, hizo coro Pablo, para agregar luego: Dame un chance, Gregorio, voy al baño. Se levantó y fue a los sanitarios que están enfrente.

En la mesa de los tres jóvenes, Aurora se dirigió a su novio:

—Ahora que Daniel fue al baño, ¿me puedes contestar algo? ¿Has notado que Daniel es... como extraño?

—¿Extraño cómo?, preguntó Fabricio, pensativo.

—Nunca se le ha conocido un “empate”, o una amiga con derecho, un culito pues... señaló Aurora, clara y directa.

—Si te refieres a que ponga en duda la sexualidad de Daniel, no me parece, respondió con desagrado Fabricio. Es nuestro amigo de la infancia, y hablar de él a sus espaldas es de mal gusto.

— ¡Perdón!, exclamó Aurora, visiblemente molesta. Disgustada, se levantó de la silla y se retiró, sin hacerle saber a Fabricio a dónde iba.

Fabricio se quedó inmóvil como estatua en la mesa. Mientras, en el baño del centro nocturno, Daniel y Pablo tropezaron levemente.

—Disculpe, señor, dijo Daniel, abochornado y esbozando una tímida sonrisa.

—No te preocupes, respondió Pablo también sonriendo. Tengo unos tragos de más, y no te vi.

De regreso, Daniel preguntó a Fabricio dónde estaba Aurora.

—Uno de sus arranques, respondió secamente. Debo marcharme. Espero que me disculpes.

—¿Qué pasó, Fabricio? preguntó confundido Daniel.

—Discutí con Aurora y se fue. Necesito ir por ella, dijo levantándose de la mesa.

Daniel asintió, mientras pensaba que solo tomaría un par de tragos más y se iría. Fabricio agradeció a Daniel su comprensión, y antes de irse, le dijo casi festivo:

—¡Luego te cuento, panita! No tomes mucho, mira que tú no aguantas mucha bebida.

Daniel se quedó pensativo y mirando alrededor, como si buscara algo... a alguien. En su mesa, Pablo y Gregorio seguían tomando.

—Me he quedado loco, Gregorio, dijo Pablo. Aquí hay más gente joven, que viejos como nosotros.

—¡Viejo el viento!... exclamó Gregorio jocosamente.

—Está bien, quinceañero... Su comentario fue interrumpido por el repique del móvil de Gregorio. Este contestó:

—Mi amor, ¿qué pasó? Cuenta. Aquí, con Pablo en el bar.

Del otro lado, la voz dulce de Mariana, le suplicaba:

—Debes venir pronto. Renata tiene mucha fiebre y necesito que vengas para el apartamento.

—Ya salgo para allá, dijo Gregorio, como si de súbito todo el alcohol hubiera perdido su efecto. Dirigiéndose a Pablo, le dijo: colega, lo lamento, pero debo ir urgentemente para mi casa. Renata tiene mucha fiebre.

—¿Quieres que vaya contigo?, preguntó Pablo.

—No, chico, relájate. Tómate tus tragos y así piensas bien en el anillo que le vas a comprar a tu futura esposa. Ambos sonrieron mientras se despedían.

Daniel se levantó de la mesa y se dirigió a la barra, donde pasó cerca de media hora, antes de que Pablo también decidiera hacer lo mismo. Mirando al muchacho le habló:

—Tu gente como que te dejó solo...

—Cónchale, sí. Peleíta de noviecitos. ¿Y a usted?, preguntó sin malicia.

—Mi colega se fue por una emergencia familiar, respondió Pablo.

—Me voy a tomar uno o dos tragos más y me voy también, acotó Daniel, mostrándose relajado. Casi interrumpiéndolo, Pablo le preguntó qué estaba tomando.

Daiquirí, coctelito para más señas, respondió Daniel.

—Por favor, un daiquirí para el joven y un whisky doble para mí, pidió Pablo al hombre de la barra. Daniel le agradeció con un gesto.

—Tranquilo... así tendré compañía. No hay nada más deprimente que tomar solo.

—Eso es cierto, asintió Daniel en tono divertido, a lo que Pablo agregó con clara alegría:

—Eres joven... ¿Por qué no sacas a una de esas chicas de tu edad a bailar?

—No sé bailar, se apresuró a responder Daniel, bajando con timidez la cabeza. Y no me interesa bailar con ninguna, no me van las chicas, sentenció al final.

—¡Perdón!, qué indiscreción, se disculpó Pablo, aunque pareció como si estuviera actuando. De verdad, discúlpame.

—¿No va a salir corriendo?, preguntó Daniel, analizando con la mirada a Pablo, e interesado en conocer su reacción.

—¿Porque eres gay ? No soy homofóbico. Soy de mente abierta. ¿Estudias?

—Comunicación Social. ¿Y usted qué hace?

—Soy abogado...

Platicaron alrededor de dos horas, mientras el alcohol iba apoderándose poco a poco de sus neuronas. Al salir del bar, se dirigieron al estacionamiento. Pablo no logró encender su automóvil. Daniel, al observarlo, se bajó del suyo y le preguntó cuál era el problema.

—El motor no arranca. Ese mecánico del carajo me dijo que había quedado fino.

—Déjeme ayudarlo...

—Chamo, te lo voy a agradecer. Estoy medio curdo, dijo con efusividad Pablo. Ando más prendido que un fósforo; yo vivo cerquita de aquí.

—Entonces deje el carro en el estacionamiento. Mañana lo pasa buscando con una grúa, pero antes hay que avisarle al parquero, alertó Daniel casi como una orden, pues en efecto, Pablo apenas parecía estar consciente de sí.

Pasaron unos veinte minutos hasta que el carro de Daniel entró en el estacionamiento del edificio. Se bajaron del vehículo y entraron al ascensor. Llegaron a la puerta del apartamento de Pablo. Este lo invitó a pasar, pero Daniel se negó, alegando que era tarde.

—Nos tomamos el del estribo y luego te vas, ofreció Pablo, mientras iba a la cocina a preparar los vasos.

—Que conste, el del estribo, sentenció Daniel poco convencido, pero aceptando.

El departamento es pequeño, pero moderno y acogedor. Pablo prepara los tragos... solo dos.

—¡Me caes bien, chamo! Te ves decente y eres solidario. La gente como tú ha perdido los valores, los principios, le confió Pablo, mientras tomaban asiento y se ponían cómodos, como si fuesen a charlar largamente.

—Vengo de una familia ejemplar. En especial mi mamá, que es una mujer extraordinaria, a quien amo con todo mi corazón, le dejó saber Daniel, como si pensara en voz alta.

—Siéntate, voy a poner música, comentó Pablo, levantándose del sillón, al tiempo que Daniel le preguntaba si vivía solo.

—Sí. Pago a una señora que me trabaja por días, pero como verás, es un apartamentico y solo quepo yo.

Siguieron tomando, mientras escuchaban la música que puso Pablo. La botella fue vaciándose trago a trago, hasta más de la mitad. De pronto, Pablo se quitó la camisa.

—Ponte cómodo, hace mucho calor, le dijo cortésmente a su joven compañero.

—No... es mejor que me vaya, respondió Daniel. Sin embargo, para el momento sus miradas se habían hecho intensas, y el alcohol ingerido había sido suficiente como para actuar con autonomía, es decir, por sí solo.

—No deberías irte, estás ebrio, le dijo Pablo, con un dejo de suplicante amabilidad. Puede ser peligroso,... ¡quédate!

Casi gritando las últimas palabras, Pablo se acercó a Daniel, quitándole la camisa para luego besarlo con delicada sensualidad. Las bocas, sedientas de pasión, respondieron de inmediato al impulso del cuerpo ávi-

do de placer. Espontáneamente, las caricias cruzadas comenzaron a recorrer cada centímetro de la piel del otro, antes de disponerse a caminar abrazados hasta la habitación, directo a la acogedora cama donde habrían de fundirse aquellos dos desinhibidos seres. Al siguiente día, el sol dejó descubrir lo que sucedió en la noche. Sobresaltado, aún desnudo, Pablo preguntó:

— ¿Qué ocurrió aquí?

— Anoche se puso intenso, y trago a trago fuimos acercándonos sentimentalmente, hasta llegar aquí... haciendo lo que ya sabe, respondió Daniel, recostado, sonriente, relajado.

— ¡No puede ser! ¡Yo soy un hombre y me gustan las mujeres! dijo Pablo, mientras se iba vistiendo confundido, bajo los efectos aún del alcohol, que entorpecían sus movimientos.

— Eso es asunto de usted, dijo Daniel, mientras también se vestía luego de abandonar la cama, y observando cómo Pablo hacía todo con cierto disgusto.

— Entre tú y yo no puede existir nada. ¡Fue un error! Cuestiones de trago, repetía con insistencia y en alta voz Pablo, tratando más de justificarse a sí mismo por su comportamiento, que pretendiendo eludir la indudable presencia de Daniel en su cama.

— ¡Perfecto! dijo seco Daniel, agregando de inmediato: No pretendo nada malo, y mucho menos ser su pareja.

— Me confundes, eres un trepador, acusó indignado Pablo, dirigiendo una mirada de reproche a Daniel, ya vestido, temblando y poseído por un odio súbito.

— No intente tapar su responsabilidad al acusarme,

atinó a decir Daniel, serio, directo y mirándolo a los ojos, mientras se dirigía a la puerta de salida. Aquí ambos somos grandecitos. Lamento que un cuarentón como usted, no conozca a fondo su sexualidad. ¡Hasta nunca!

Daniel salió azotando tras de sí la puerta. Pablo intentó prepararse, como si tratara de olvidar un mal sueño. Intentó desayunar, pero una sombra en forma de duda nublaba su mente, y no pudo hacerlo. De hecho, esa especie de nube negra, no lo abandonó durante toda la calurosa mañana.

Daniel llegó a su casa a las siete de la mañana. Subió a su habitación, y en bóxer, se tiró a la cama para dormir. No lograba conciliar el sueño, y pudo pensar con cierta dosis de sarcasmo: “¡Imbécil! Quien está encerrado en un clóset es él, y ahora viene con su cuento chino. Que asuma que le gustan los hombres, y punto”.

En ese preciso momento, en su apartamento, Pablo se duchaba y pensaba en voz alta:

—¡Qué madrugada! Ni yo lo puedo creer...

Sonrió mientras enjabonaba su cuerpo.

A la misma hora, Mariana y Gregorio desayunaban en su apartamento. Ella en sus cuarenta años, es dueña de unos ojos sumamente expresivos, que semejan un mar en calma por su intenso color azul; su belleza se complementa además con su natural expresión y su marcada sencillez. Gregorio por su parte, es un

hombre de piel morena, de regia y varonil apariencia y de fuerte complexión.

—Por suerte cesó la fiebre de Renatica, dijo Mariana mientras paladeaba un sorbo de café, el primero de muchos durante el día. Tomó un pan tostado y le untó mermelada, haciendo una excepción a su estricto régimen alimentario.

—Y esperemos que siga mejor, amor. Hoy estamos invitados al compromiso de Pablo, le dijo Gregorio sorbiendo su té, y disfrutando el sabor de la infusión tibia, mientras aspiraba el aroma.

—¿Y de verdad se va a casar?, preguntó Mariana algo irónica, mientras saboreaba otra mordida del pan.

—Su decisión es irrevocable, contestó Gregorio con seriedad. ¡Mi amigo está *full* enamorado, Mariana!

En casa de los Luján sonó el timbre. Abrió Teresa, una mujer de sesenta y cinco años de edad llevados con orgullo, elegancia y coquetería. Teresa saludó y una voz preguntó por la señora Ana María Luján. Es un mensajero que llevó un ramo de rosas. Firmó el acuse de recibo y al despedirse el trabajador, Teresa se mostró sorprendida.

Ana María preguntó si era para ella, y le respondió que sí, que viera la tarjeta. “Para la mujer de mi vida, te amaré por siempre”, leyó Ana María, antes de exclamar:

—¡Qué bello, mamá!

—¡Rosas para una rosa! A ese hombre lo tienes volteado, mamá, dijo Daniel bromeando cuando entraba a la sala amplia, profusamente iluminada.

—Estos jóvenes y sus expresiones modernas, señaló en tono de queja Teresa. Y a propósito, Daniel: Llegaste esta mañanita...

—¿Y usted cómo lo sabe, abuelita adorada? preguntó Daniel, jugueteando y risueño.

—¡Porque me quedé anoche aquí!

—Me fui a rumbear anoche con mi pana Fabricio y me quedé en su casa.

—Hijo, apuntó muy seria Ana María, recuerda que hoy es la cena para formalizar mi compromiso, y te necesito de etiqueta. Tu abuela se quedó anoche para ayudarme a preparar el menú.

—¿Y el abuelo Mario?, preguntó Daniel con cierta extrañeza.

—Viene dentro de un rato.

—Bueno, mamá, ¿en qué te colaboro?

—Quiero que esta noche sea mágica, plena, como la luna llena, manifestó entusiasmada la alegre novia.

A mediados de la tarde Fabricio fue en búsqueda de su novia Aurora, para hablar sobre el roce que tuvieron la noche anterior en el bar. En la entrada del edificio se encontraron.

—¿Qué quieres? preguntó Aurora un tanto molesta.

—Hablar contigo, mi amor. Eso que dijiste no me pareció. La vida de Daniel debemos respetarla. Hiciste un comentario que no me gustó, simplemente eso. No hay motivos para que tú y yo estemos disgustados...

—Hice un comentario y me gritaste.

—¡Por favor, perdóname, mi amor!, expresó Fabricio en tono de súplica, dejando percibir cierta debilidad.

—Está bien, Fabricio. Olvidemos lo que pasó, le dijo Aurora un tanto melosa, acercándose a su novio para besarlo.

En casa de los Luján, se encontraban reunidos Teresa, Mario, Gregorio, Mariana y Ana María. Son las siete de la noche. El ambiente es de calma, aunque también se puede percibir cierta tensión que tratan de ignorar. Todos hablan entre sí, a su vez, y todos responden a todos.

—Traigan los vasos de whisky dijo festiva Ana María. Papá, toma poco... es por tu corazón, ya sabes.

—Estás radiante hija, la piropea Mario, apenas mo-
jando los labios con su bebida.

—El amor transforma y embellece, se apresura a afirmar Gregorio, achispado y galante.

—Tu vestido es un sueño, le dice elogiosa Mariana a Ana María, quien con un mohín delicado le agradece.

—¿Y el novio?, se adelantó a preguntar Teresa.

—Debe estar por llegar, respondió sonriente Ana María.

—Don Mario, cuénteme, dijo Gregorio mientras se inclinaba hacia él. ¿Cómo van los cultivos en su hacienda de Soapire?

—Bien, muy bien, respondió Mario. Las lluvias que han caído este año le han hecho poco a poco mucho bien a la tierra.

—¿Y por qué no baja Daniel?, preguntó ahora Teresa a todos y a nadie a la vez.

—Se está arreglando, mamá, respondió Ana María. En ese momento sonó el timbre, y Ana María se levantó en acto reflejo, rápidamente. Era su prometido. Se saludaron con un beso suave, tranquilo, pero a la vez profundo y sentido. Sus ojos hablaron por sí mismos, diciendo algo que solo ellos entendieron.

Finalmente Pablo entró, saludando a todos con una sonrisa expresiva, dichosa, sencilla y sincera.

—Papá... mamá, les presento a mi novio, Pablo Rígores, expresó emocionada Ana María.

—Un gusto conocerle futuro yerno, se presentó Mario, inclinando su cabeza y presentando su vaso de whisky, casi lleno aún.

—¡Y usted parece sacado de una revista! dijo Teresa, coqueta y risueña.

—Uh... me voy a poner celoso, dijo Mario, provocando que los presentes rieran ante el hilarante comentario.

Mariana saludó a Pablo abrazándolo y dándole un beso en la mejilla. Él aprovechó entonces para preguntarle por la niña.

—Ya está mejor Pablo, gracias.

—¿Y tu hijo?, preguntó Pablo, sentándose cómodamente.

—Voy a buscarlo mi amor, respondió nerviosa Ana María. —Mamá por favor, llévalos al comedor, enseguida estoy con ustedes.

Ana María subió a la habitación de Daniel. Su cuarto estaba cerrado, y tocó la puerta llamándolo al mismo tiempo. Daniel abrió relajado, sin mostrar la impaciencia que le embargaba.

—¡Pero qué galán estás! le dijo admirada Ana María, besándolo emocionada.

—¡Bella usted, hermosa madre, y en unos minutos prometida! ¿Ya llegó? le preguntó animado.

—Sí, ya Pablo está aquí.

Bajaron las escaleras. En el comedor, todos conversaban, reían, disfrutaban. Desde arriba se escuchaban las pláticas. Daniel pensó que en verdad quería conocer al futuro marido de su mamá, de quien parecía estar enamorada profundamente. Pudo distinguir una voz que le pareció conocida, generándole inquietud y extrañeza. Esa misma voz decía ahora:

—Nunca me había sentido tan enamorado. Ana María lo es todo para mí.

—¡Ay, qué romántico es mi yerno!, dijo Teresa visiblemente emocionada.

Finalmente aparecieron madre e hijo tomados de la mano. El rostro alegre de la mujer, contrastaba por completo con el de Daniel, en un rictus que denotaba sorpresa, dolor e incredulidad, todo al mismo tiempo. Pablo a su vez, perdió la soltura y seguridad que hasta el momento había tenido en la reunión. Ana María presentó entonces entre sí a quienes hace apenas pocas horas habían compartido una aventura, un fragmento de historia, que los dos hubiesen preferido que no existiera. Él es mi hijo Daniel, Pablo. Daniel, él es mi prometido...

Ante la apatía y el desconcierto que ninguno de los dos supo disimular, la intrigada novia optó por llamarles la atención:

—Bueno... ¿pero qué les pasa? Al menos salúdense. Ambos trataron de aparentar calma. Se dieron la mano, intentando reponerse un poco. Pablo, retomando algo de su seguridad anterior, se presentó con gentileza.

—¡Hola Daniel!, soy Pablo Rigores, deseaba mucho conocerte.

—Mucho gusto, respondió Daniel, haciendo un esfuerzo para evitar que su rostro expresara lo que su corazón a punto de explotar, sentía.

—Toma asiento hijo, indicó Ana María, ignorante del drama o de la historia del otro. ¿Te sientes bien, Daniel? Te ves como pálido...

—Ideas tuyas Ana María, intervino Teresa. Aquí lo que hay es felicidad.

—Bueno, ya estamos listos, interrumpió Mario emocionado. Y así como quien quiere y no quiere, ¿el anillo para cuándo?

Pablo se levantó del asiento y sacó de su chaqueta un estuche. Se dirigió a Ana María, sabiendo que todos, sobre todo Daniel, lo veían:

—Ana María, hoy es un día importante porque quiero pedirte que nos casemos. Quiero compartir el resto de mi vida contigo.

Daniel, todavía sorprendido, pensaba: “Esto es una pesadilla. Me acosté con el marido de mi mamá”. Pablo hacía un esfuerzo por parecer sereno. Todos asentían emocionados desde sus asientos.

Ana María aceptó feliz el compromiso y el fino anillo, dejando que su prometido lo colocara en su anular derecho para lucirlo ante la familia. Pocos segundos

después, Daniel se dirigió a los presentes, mientras fijaba la mirada en su madre:

—Ruego me disculpen todos, me siento indispueto. Necesito ir a mi habitación. Dicho esto se dispuso a subir las escaleras, aún trémulo, lívido, con la mente llena de pensamientos e incógnitas dado lo sorpresivo del encuentro, con un sentimiento de culpa que amenazaba atormentarlo por siempre.

Ana María amagó con seguirlo para saber el porqué de su actitud.

—¡Pero Daniel!... apenas susurró, no tan segura de hacer lo correcto. Pablo la interrumpió para decirle:

—Si me permites, iré a saber qué tiene. Entre hombres todo es más fácil. Además, así nos conoceremos y entraremos pronto en confianza.

—Si tú lo crees así, entonces sube. Es la tercera puerta a mano izquierda.

—La juventud es impredecible, comentó Gregorio mientras se servía otro whisky.

Pablo subió pensando en qué haría, qué le diría, cómo abordaría a Daniel. Recordó que en el transcurso de la mañana se le había pasado esa sensación de culpa y enojo, y pensaba que en la noche, durante su compromiso, todo quedaría olvidado, como si hubiese sido un mal sueño. De todos modos, no recordaba nada, así que era más fácil convencerse de que nada había sucedido.

Daniel olvidó cerrar con llave su cuarto, por lo que Pablo sin forzar nada, pudo entrar. Daniel cavilaba dando pasos inconexos de un lado a otro, y tardó

para darse cuenta de que no echó el cerrojo, pero era tarde para lamentarse.

—Tenemos que hablar, muchachito, le dijo Pablo, hablándole con aplomo.

—No enrede más las cosas... acotó Daniel.

—Necesito asegurarme de que no me vas a delatar ante tu madre. A esa mujer la amo, afirmó Pablo nervioso, perdiendo cada vez más su seguridad.

Daniel, fingiendo una calma que hasta ese momento no sabía que podía fingir, contestó:

—Sería incapaz de causarle sufrimiento a mi mamá. Vaya sin cuidado, yo no abriré la boca. Vaya sin cuidado, repitió, como para convencerse a sí mismo. Es una situación embarazosa expresó Pablo, retomando cierta seguridad pero sin saber aún cómo afrontar semejante circunstancia. En su trabajo podía negociar, pero en este momento, ¿cuáles eran sus bienes negociables? Pensó en una solución y mencionó: Tú y yo...

—Nada, lo interrumpió Daniel. Usted y mamá tienen una historia, señor Pablo.

—Para mí no es fácil... Voy a ser el esposo de tu mamá.

—Eso me produce náuseas, dijo Daniel mientras se sentaba en una silla. Amo a mi madre, y este triángulo donde soy un etcétera me duele, pues siento que no podré verle a la cara nunca más.

—Debemos aprender a manejar esta situación, añadió Pablo. Es bochornosa. En mi vida nunca me había acostado con otro hombre. No sé qué pasó o por qué hubo esa atracción. Me siento extraño.

—Déjeme solo por favor, pidió Daniel, tajante y seguro. Haga feliz a mamá. Si dice amarla, entenderá entonces que yo solo soy un accidente; lo demás no importa.

—Te veo muy afectado... y mucho, agregó Pablo tal vez hablando más de sí mismo que de Daniel. Eso no me va a dejar muy tranquilo. Mira Daniel, no sé lo que pueda suceder, pero no deseo que nadie sufra en este cuento de horror.

Pablo pareció recuperar finalmente, su aplomo. Se detuvo, miró el cuarto: *es de un joven*, pensó.

—Esto no va a ser fácil señor Pablo, aseguró Daniel manteniendo la calma, pero observando el esfuerzo del hombre por permanecer seguro. Vaya y tómese unas gotas de valeriana. Hoy es su compromiso y le ordeno que ponga cara de felicidad, de fuegos artificiales. Vaya y déjeme en la sombra en que me he convertido.

Pablo salió confundido, perplejo. Daniel quedó con lágrimas. Ninguno ve en el otro la tristeza combinada con la rabia, ni cómo su mundo, el que hasta entonces conocía, se derrumbaba irremediablemente.

En un lujoso restaurante de La Castellana conversaban Ana María y Pablo, como una pareja de enamorados.

—Me siento ansiosa de poder ser tu esposa, dijo soñadora Ana María.

—Yo igual, Ana María, respondió él mirándole a los ojos, como si quisiera perderse en ellos.

—A propósito amor, regresando a este planeta, ¿qué fue lo que hablaste con mi hijo?

—Nada malo. Le pedí que más que vernos como padrastro e hijastro, nos viéramos como amigos y él aceptó, acotó Pablo con carácter.

—No sé... me quedé pensativa desde la noche del compromiso. ¡Daniel tenía una cara!...dijo Ana María mientras se servía.

—El chamo se sintió con malestar, además es normal su cara, trató de explicar Pablo cada vez más convincente, y continuó: recuerda que los hijos varones celamos a nuestra madre. Han pasado muchos años de tu divorcio y entre ustedes dos ha existido un vínculo fuerte, como de amigos inseparables, y de repente vengo yo anillo en mano. El chamo diría: *"Pilas con este tipo"*, y eso es válido.

—Me tranquilizas Pablo; pensé que Daniel te había dicho algo que te disgustara, le confió Ana María mientras suspiraba.

—Me voy a ganar la confianza de Daniel, ya lo verás, terminó diciendo él, con cierto alivio.

Se miraron a los ojos y se tomaron tiernamente de las manos.

En el gimnasio La Castellana, Fabricio y Daniel conversaban. Fabricio le preguntó a Daniel qué le sucedía, pues este, a diferencia de otros días, lucía demacrado, sin esa chispa tan común en él.

—Algo muy grave Fabricio, respondió Daniel recalando sus palabras, para que su amigo no perdiera ningún detalle de lo que quería decirle.

—Suelta la sopa Daniel. ¡Habla pues! Tenemos muchos años de amistad mi pana, entre nosotros no hay secretos. Habla...

—Me acosté con un tipo, soltó Daniel ante la insistencia de Fabricio, pero a la vez liberándose.

—¿Cómo, cuándo?

—Antenoche, cuando fuimos al bar. Conocí a un tipo como veinte años mayor que yo.

—Eso fue cuando te dejé solo por las arrecheras impulsivas de Aurora, ¿cierto?, preguntó Fabricio, a lo que respondió afirmativamente Daniel. Pana, te dejo solo y pescas con la rapidez de un rayo. Eres facilito Daniel ja, ja, ja.

—Deja la vaina Fabricio, que es muy serio chamo, acotó Daniel comenzando a impacientarse.

—No veo la gravedad, prosiguió Fabricio juguetón y despreocupado. Grave fuese que te acostaras con una mujer cuando lo que te gusta es el otro equipo. ¡¿Y entonces?!

—El destino me pintó una paloma, continuó Daniel, con su rostro sombrío, serio. Fabricio lo percibió, y preguntó entonces en tono menos festivo:

—Háblame claro. El fulano en cuestión, ¿quién es?

—¡Ay, panita, de impacto! Fue tan rápido, comenzó a contar un poco más controlado. Una atracción fatal... y me siento muy mal por lo que pueda ocurrir.

—Ya deja el drama, pana, ni que te hubieras acostado con el monstruo de Antímano.

—Me acosté con el prometido de mi mamá, soltó Daniel sin más vueltas

Fabricio calló abruptamente, y todavía impresionado preguntó:

—¿Cóóómo? ¿Qué locura es esa, *brother*?

—El tipo resultó ser el hombre que se va a casar con mi mamá.

—¡Coño, qué peo! Daniel, le dijo Fabricio enserrado ya, mientras se limpiaba una gota de sudor de la frente. El hijastro se comió el mandado de la mamá...

—Fuerte, ¿no? añadió Daniel, adoptando un tono cí-nico, seco, mordaz.

—¡Espeluznantemente fuerte! ¡Una locura!, aseveró Fabricio.

—¡Y eso no es lo peor!... (Daniel tragó saliva, como si quisiera aclarar la garganta para lo que iba a decir.) Pablo, así se llama, se presentó en la casa porque fue a oficializar el compromiso con mamá. Te imaginarás nuestras caras al vernos, y la gran sorpresa que nos llevamos, remató Daniel haciendo una mueca con su boca.

—¡Tremendo palo de agua y yo sin paraguas para prestártelo, panita!

—¿Palo de agua? Un diluvio, Fabricio.

—O sea, que al tipo ese ¿se le moja la canoa?

—Lo peor de todo esto es que mi mamá está enamoradísima de él.

—¿Y él qué dice? ¿Ustedes hablaron?, preguntó intrigado Fabricio, clavando su mirada en los ojos agua-dos de Daniel, que pensativo, respondió:

—Lo típico de los tipos que son de clóset: Que es su primera vez... que él jamás había estado con otro hombre... que le gustan las mujeres... y lo más cínico: que está enamorado de mi mamá.

—Pana, la vaina está peluda. Me dejás sin palabras.

—Él le echa la culpa a los tragos que se tomó, contó Daniel con cierto desgano, casi sumiéndose en la silla.

—¡Por Dios! ¿Y tú te crees esa?

—No, claro que no, respondió secamente Daniel.

—A quien le guste su vaina, que no le eche la culpa al licor. Ese viene con defecto de fábrica y todas las bujías enchumbadas, sentenció alegremente Fabricio.

—Lo sé, conozco por experiencia propia la lista de justificaciones de quienes luego de acostarse con otro hombre, dicen: “No sé lo que me pasó. Estoy confundido, no me acuerdo de nada”, agregó Daniel desentonando la voz, haciéndola más profunda.

—Aquí el peo es tu mamá, dijo Fabricio, conteniendo la risa. El hijo se comió la torta.

—¡Ay, chamo!, ¿Qué hago? preguntó al aire Daniel, rescatando la seriedad del tema.

—Debes pensar qué vas a hacer con todo esto. Tú solito con él vas a decidir si se callan o evitas ese matrimonio diciendo la verdad. Por primera vez en la charla, Fabricio habló con total seriedad, tomando un trago de bebida energizante embotellada.

Se miraron con preocupación e incertidumbre. La mañana pasó por encima de ellos, confundida entre los sonidos de la ciudad y un gris amenazante de lluvia. Los jóvenes siguieron intentando animarse, pero algo pare-

cido a una fuerza superior se los impidió. Se despidieron y fue cada uno a cumplir con sus deberes.

Pablo se encontraba en su departamento, presto a desayunar. La ciudad había amanecido cubierta de un tímido sol y de restos de una tempranera lluvia persistente. Rosaura, de sesenta años de edad, lo atendía. La piel de ella es morena, y su voz tímida y suave.

—¡Ay, doctor!, me alegro mucho por usted. Pronto se va a casar, fue diciéndole, mientras iba de un lado a otro de la cocina, preparando el desayuno y verificando que el café no se quemara.

—Sí, Rosaura, pronto...

—Pero ¿y esa cara? Lo noto algo desanimado.

—A veces la vida nos sorprende de una manera que nos sacude, balbuceó ensimismado Pablo.

—No sé qué quiere decir, doctor...

—No me hagas caso Rosaura, respondió Pablo como si en verdad no hubiera dicho nada, como si solo hubiera pensado en voz alta. Igual que siempre, muy rico tu desayuno, le comentó luego de consumirlo, poniendo punto final al desgano diálogo.

Se levantó y dirigió al baño. Sus pensamientos lo consumían, pero la buena mujer se encargó de los pequeños detalles que lo distraerían de sus cavilaciones. Pensaba en su prometida, sabiendo que la ama, pero el hijo de ella ocupa de forma permanente su pensamiento..., cree que fue un error, que es mejor de-

jar todo así. Sin embargo, vuelven sus pensamientos: ¿Debe decirle a Ana María? ¿Qué le diría, además? La ama y no soportaría verla sufrir.

Lo mejor es callar. Rosaura seguía imperturbable, en sus quehaceres. Pablo permanecía una parte atendiendo a las palabras de la mujer, y otra parte lejos... muy lejos.

Daniel salió de clases en la UCV y fue sorprendido por Andreina la amiga de Aurora, que lo abordó. Ella es una chica atractiva, de ojos claros, acostumbrada a conseguir lo que quiere.

—¡Hola mi bello!

—¿Qué hubo Andreina?

—¡Qué saludo más seco! Yo, que llevo un siglo detrás de ti, me ignoras, y eso me duele Daniel.

—No te ignoro, solo te esquivo...

—¡Tú me gustas mucho, y lo sabes!

—Sí, lo sé. Y lo hemos hablado infinidad de veces durante el siglo que tienes insistiendo, Andreina.

—¿Es que no te gusto ni un poquito? preguntó melosa ella, sin dejar su sonrisa de apariencia ingenua, muy ensayada.

—Eres hermosa, pero conmigo no tienes chance.

—Comienzo a dudar de ti... dijo Andreina, bajando la mirada.

—¿Dudar de qué? preguntó Daniel tragando saliva.

—De que no te gustan las mujeres...

—¿Solo por no corresponderte? No me interesas tú, chama. ¡Entiéndelo!

—Por ahí comentan que aún eres virgen. Hasta te relacionan con tu amiguito Fabricio.

—Interpreta lo que te dé la gana, pero no conmigo.

—Te voy a hacer cambiar de opinión, voy a conquistarte. Juradito, sentenció arrogante antes de marcharse, mirándolo directamente a los ojos.

En la amplia sala de la casa de los Luján, Ana María emocionada, despidió a la modista que va a confeccionar el vestido de novia. Su madre, quien la acompañaba, le dijo:

—Martha tiene años confeccionando vestidos de novia. Es una genio, una artista como los de ahí, señalando algún cuadro al azar. Es la mejor de la Gran Caracas...

—¡Ojalá sepa copiar el diseño que elegí!, le dijo Ana María a su madre, con cierto aire de incredulidad.

—Ana María, señaló conciliadora Teresa, Martha es la mejor. Además el vestido lo paga tu padre y el mío también. En ese instante escucharon los pasos de Daniel aproximándose para preguntar:

—¿Cómo están las dos mujeres más hermosas de mi vida?

—¡Nieto querido! le recibió Teresa acercándose a él.

—Hijo, acaban de tomarme las medidas para mi vestido de novia, le contó alegre Ana María.

—¡Qué bueno, mamá! le respondió él, demostrando sincera alegría con su expresión.

—En lo que te gradúes de Comunicador Social debes pensar en buscar una novia, para estar segura de

poder venir a la segunda boda de la familia, señaló la festiva Teresa.

—Ya estás en edad de que traigas a casa una novia, le dijo Ana María mirando hacia una ventana. Hubo un dejo de nostalgia en sus palabras, que aunque dulces, sonaron demoledoras. Incluso más que nostalgia, dejaron entrever cierta amargura.

—¡Qué empeño con la gente en querer buscarme novia!, refunfuñó Daniel, un tanto disgustado. Caminó unos pasos hacia ellas, para puntualizar: ¡Ustedes no entienden que la buscaré cuando se me dé la gana!

—¡Daniel, Daniel! gritó sorprendida Ana María. ¿Pero qué de malo dijimos?

—¡Estresado por la tesis, seguro, hija!, se apresuró a apuntar Teresa otra vez en tono conciliador.

Tanto Teresa como Ana María volcaron entonces su atención al tema del vestido, imaginando lo idílico de la boda mientras fantaseaban. Daniel se quedó un rato con ellas, observándolas curiosamente, para luego subir a su habitación pretextando que iba a estudiar. Las mujeres lo despidieron muy animadas.

Ya en su habitación, Daniel parecía una bestia dando vueltas en su jaula, iracundo e impotente. Reflexionaba: “Estoy cansado de ser quien no soy. De esconderme de mí mismo por miedo al rechazo social y familiar. Muero por gritarle al mundo quién soy realmente”.

Pensaba en las innumerables veces que ha querido dejar la máscara y ser la persona que es: aquella vez cuando su mamá lo miró a los ojos con ternura infinita, y que la sintió capaz de perdonar todo. “¿Perdo-

nar? ¿Pero por qué iba a tener ella que perdonarlo? ¿De qué? Si no hacía nada malo. Si Jesucristo perdonó a Magdalena, ¿por qué a él no?”. Un silencio pesado, atroz, incómodo, que le raspaba la piel, fue la única respuesta obtenida.

En el cafetín de la UCV estaban Aurora y Andreina conversando amablemente.

—¿Entonces te volvió a rechazar?, disparó Aurora a su amiga.

—Este cuerpazo habla de sus ganas de tenerlo, y él como una panela de hielo, como una roca inamovible, le dijo una Andreina fría, algo desganada, pero alegre de platicar con su confidente.

—¡Deja ya a Daniel tranquilo, chama!

—Aurora, llevo muchos años detrás de él, deseándolo, me gusta mucho —dijo algo dramática—. Pero es imposible, amiga. Desde bachillerato echándole los perros, pero nada; y si fuera porque existe otra, pero no, no es así. Jamás le hemos conocido ni una peor es nada. Chama, yo debo saber si el tipo es femenino.

—¿Qué fraguas, chama?, preguntó acuciosa Aurora.

—Este es mi plan, y tú me vas a ayudar...

Las mujeres siguieron conversando muy animadas. Alrededor, otros estudiantes charlaban en sus mesas, riendo, disfrutando.

El cerro Ávila es enigmático. Trotando desde Sabas Nieves, Daniel y Fabricio usaban short, camiseta y zapatos deportivos.

—... Y el acoso de Andreina los 365 días del año más pronunciado que nunca... ¡qué fastidio, chamo! comentó Daniel, con la respiración algo agitada.

—Yo que tú, termino de llevarla a la cama, replicó Fabricio sin detener su marcha.

—¿Cómo le explico a mi miembro que debe gustarle una vagina?, ripostó Daniel en tono de reproche.

—¿Cómo sabes que no te va a gustar, si nunca has probado una mujer?

—Chamo, no tengo apetito sexual por las mujeres. Mira Fabricio, antes de tener sexo con un hombre lo intenté con mujeres, pero el palomo no levantó vuelo. No sabes lo que significó aceptar que soy homosexual. No te imaginas cuántas veces intenté estar con una hembra, y me vencieron las ganas por estar con un hombre.

—¡Y tan sabroso que es estar con una mujer! remató Fabricio. Pero bueno, entre gustos y colores, mi pana...

—Lo que puedo decirte — intentó explicar Daniel a su amigo —, es que lo mío ahora es como salir del laberinto en el que estoy metido. Todo es un peo: mi mamá que no sabe quién soy, la sociedad, y encima lo de Pablo.

—En tus manos está todo, Daniel. Soy tu amigo y he estado expuesto a los comentarios de quienes me relacionan contigo y no me ha importado nada, porque sé que tú me respetas y que estamos claritos que a ti te gustan los

varones y a mí las hembras. Te he aceptado tal y como eres. ¿Tú crees que tu mamá no te aceptará? Y en cuanto a Pablo, aunque todo es sórdido y escabroso, debes revelar la verdad; es lo más sano para tu conciencia.

Daniel lo escuchaba. Y era cierto. Fabricio fue el primero con quien comentó sus preferencias y a quien pareció no importarle. Solo lo tomó del hombro y le dijo lo que muchas veces le había repetido, en cuanto a que a él no le gustan las féminas pero que lo respeta, que han sido y seguirán siendo amigos.

En el bufete de abogados Rocío y Gregorio charlaban, cada uno desde su oficina.

—Doctor ¿qué ha pasado con el doctor Rigores que lleva días sin venir al bufete?, preguntó ella mientras cargaba folios y demás papeles.

—Entusiasmado con la boda, expresó Gregorio, apenas escuchó a la mujer.

—Pero hay clientes que esperan por su firma, afirmó Rocío en alta voz para asegurarse de ser escuchada con claridad.

—Tranquila Rocío, que de seguro viene hoy y firmará esos documentos, le dijo al tiempo que ambos se levantaban.

Fueron entonces al despacho de Pablo y allí estaba él, sentado, tratando de ordenar todo sobre su escritorio. Alzó la vista y los saludó cordialmente.

—¿No te lo dije, Rocío? No estaba muerto, estaba de parranda, dijo eufórico Gregorio.

—¿Qué fue colega, y ese vacilón qué?, preguntó con desgano Pablo, atendiendo sus asuntos.

—¡Menos mal que llegó! Ya le traigo los documentos pendientes por firmar, le dijo con empatía Rocío, antes de salir de la oficina rompiendo la monotonía del silencio con su taconeo.

—¡Uy, tanta seriedad! dijo Gregorio, juguetón... ¿Y esas ojeras, colega? ¿Tú estás bien, Pablo?

—Me estoy muriendo, amigo. ¿Me puedes regalar un abrazo?

—¿Qué fue?

—Que soy un hombre sin movimiento, flotando entre corrientes peligrosas. No sé nadar, amigo. Siento ahogarme y morir de la desesperación.

—Te desconozco Pablo, le dijo Gregorio recuperando su seriedad y un tanto preocupado. ¿Por qué estás tan quebrado?

—Deudas que no sabía que existían. Facturas por pagar ante la vida, que estaban trasapeladas.

—Nárrame tu pesar, le rogó Gregorio.

—El problema es tamaño río Orinoco. Me conformo ahora con tu abrazo. Estoy sin narración, sin diálogo. No quiero preguntas, hermano. Necesito de tu mano, que es mejor que unas muletas para sostenerme.

—Muy bien, aprobó Gregorio, conmovido por el semblante de su amigo, a quien hace mucho tiempo no había visto así. No insisto, colega. No comprendo, pero no pregunto. Solo mi apoyo hacia ti.

Se despidieron, no sin antes abrazarse. Fue un abrazo fuerte, sentido, en el que los corazones parecieron

tocarse entre sí para compartir su angustia: El de Gregorio, preocupado; el de Pablo, gravemente lesionado.

Daniel estaba en la cocina de su casa, tomando un vaso de agua. Ana María llegó y lo saludó, antes de preguntarle cómo le fue en la universidad.

—Un día extraordinario, fingió Daniel con una sonrisa, sin mirarla. Nos pusimos de acuerdo entre las personas involucradas en mi tesis para las entrevistas, y ¿adivina qué? Voy a hacer mis pasantías en Venevisión.

—¡Eso es un notición, futuro periodista! dijo realmente eufórica Ana María. ¡Qué bueno, hijo! Tu sueño, a un paso de hacerse realidad. Me alegro y estoy muy orgullosa de ti.

Daniel le agradeció. A pesar de ser uno de sus objetivos de siempre, de nuevo estaba insatisfecho. Su aparente felicidad rebotaba en sus pensamientos, hasta que la mamá interrumpió su silencio:

—Por cierto, nos debemos una conversación.

—¿De qué? No sé de qué, mamá.

—Sobre Pablo...

—Explícate, rogó Daniel tragando saliva.

Su cuerpo se tensó... ¿Es la hora de soltarlo todo?, se preguntó inquieto, pero su mamá lo trajo de nuevo al tema:

—El día del compromiso... tu reacción al ver a Pablo fue... no sé... extraña, desconcertante, rara...

—¡Un inoportuno dolor de estómago! se apresuró a puntualizar Daniel. Eso fue todo, mamá,

nada del otro mundo. Luego él subió a mi habitación y conversamos.

—¿Y...?

—¿Qué?, preguntó Daniel, llevando sin querer a su mamá al mismo punto donde él se encontraba: al fastidio y la impotencia. De nuevo estos fantasmas que lo han acompañado durante mucho tiempo, volvieron. ¿Se irán alguna vez?

—¿Chico, que si te pareció bien? retumbó la voz de Ana María fuerte y clara, pero tranquila. Daniel casi gritó:

—Ya va, mamá. Aquí no importa si me pareció o no Pablo. Aquí lo importante es lo que tú sientes por él.

—¿Pero no entiendes que a mí me importa lo que tú opines de Pablo?

—¡Dios, no puedo contigo, Ana María! Qué puedo decirte mamá... protestó Daniel, volteando la cabeza. De seguidas giró, y la miró a los ojos para continuar:

—Superficialmente se ve un tipo centrado. No te puedo decir más porque no lo conozco. Ahora dime tú... ¿Lo conoces? Dime... ¿quién es Pablo? ¿Conoces su pasado?

—Bueno, sé que sus padres murieron hace muchos años, que es el mayor de tres hermanos, divorciado, Abogado de la República. Nos conocimos hace dos años y dice amarme, respondió Ana María aparentando tranquilidad, pero contrariada por estar percibiendo un tono distinto en su hijo.

—¿Entonces Ana María? Tú le sabes la vida a ese hombre. Pero ahora bien, ¿estás segura de querer casarte con él? Porque déjame decirte que si no lo estás,

es mejor esperar a estar segura, alegó Daniel un tanto agitado de nuevo ante la mirada incierta de su madre. —Tú pareces una pista de aterrizaje improvisada; me haces bajar a tierra de golpe...

—Se trata de tu felicidad, mamá, no de mi percepción sobre Pablo. Mis impresiones son superfluas ante el amor que tú sientes por ese señor.

—Eres un sol, hijo, le dijo mientras lo abrazaba. Daniel sintió los tibios brazos de su madre, y pensó en ese instante que lo mejor era decirle la verdad, pero no se atrevió...

Al atardecer caía un torrencial aguacero en la ciudad de Caracas, y desde el balcón de su apartamento Pablo contemplaba la lluvia mientras meditaba, recordando su encuentro sexual con Daniel. “Es una película repetida que se atraviesa en mi cabeza”, pensó. Sabe muy bien, está seguro de lo que piensa; sabe que debería sentir arrepentimiento, asco, pues él, Pablo, siempre ha sido un hombre. Prosiguió recordando entonces, y esos recuerdos bajaron a sus sentidos como la lluvia que cae y lo inunda todo, incluso sus convicciones más fuertes, las que siempre han sido motivo de orgullo.

“Como una película repetida que se atraviesa en mi cabeza”, insistió, volviendo a cada escena recordada o imaginada, sin dejar de detallar cómo la lluvia iba mojando todo en esa tarde caraqueña.

En la pequeña terraza rodeada de lirios, rosas y azucenas, de la casa de los Luján, tomaban café los integrantes de la familia. El señor Mario, le comentaba a su hija:

—Se ve por encima que tu prometido es serio, honesto. Definitivamente apoyo tu compromiso, Ana María.

—Además es un hombre maduro, terció Teresa, y divorciado igual que tú. Ya cuenta con experiencia en cuanto a relación de pareja.

Daniel permanecía callado, solo escuchando. Ana María intervino:

—Me alegra que acepten mi relación con Pablo. Estoy convencida de que es el hombre ideal.

—¡Ojalá sepa jugar dominó!... porque ni baraja sabía jugar el ex marido tuyo, añadió Mario en tono hilarante.

—Tú y tus cosas, Mario, adujo Teresa riendo, para luego dirigirse a Daniel: ¿Y a usted qué le pasa, nieto adorado? Lo noto distante...

—Abuela, la tesis me tiene muy concentrado en ella. Anoche me acosté tarde, añadió de seguidas, como para convencerse a sí mismo de que su argumento era válido. Otras veces, ha acudido con éxito a excusas similares.

—¡El futuro periodista! Te confieso Daniel, señaló su abuelo Mario, que te veía ingeniero agrónomo, cultivando la tierra y ayudándome en las siembras de la hacienda familiar, que pasará a tus manos una vez que yo parta de este mundo. El abuelo dijo esto mostrándose satisfecho, como si acabara de hacer un gran anuncio.

—Abuelo, para que tú partas de este mundo hay un siglo de soles que debes ver, le dijo Daniel, mostrando una tierna y consternada sonrisa.

—Eso es verdad, Daniel. (Teresa, siempre atenta, interrumpió el diálogo). Además, tenemos que verte casado y que nos des nuestro primer bisnieto.

—Imagínate... yo abuela. ¡Fiestas patronales! dijo ilusa Ana María, como soñando despierta.

—Ahora mi prioridad es graduarme y ejercer mi profesión, estableció tajante Daniel, mientras tomaba un vaso de jugo.

—Mira, Daniel, que te gradúes es perfecto, magnífico. ¿Y el detalle de la noviecita?, preguntó Mario. Un hombre no puede estar sin mujer. Si lo digo yo que me casé con tu abuela cuando tenía veinte años y llevamos más de cuarenta de casados.

—Los tiempos han cambiado, viejo, agregó Teresa. Ahora todo es moderno. La gente joven no piensa en casarse.

—¡Tú eres la mía, abuela! saltó Daniel.

—¡Que disfrute su vida! lanzó al aire Teresa.

—Después se cumplirán tus deseos, abuelo; para eso hay tiempo, dijo el nieto un poco más aliviado.

—A Daniel le llegará su momento y encontrará a la persona ideal. Tiene todos los atributos para escoger, opinó Ana María, como queriendo terminar la plática.

—Yo le aconsejo que se dé su apuradita, dijo Mario. Mire que hasta los raros se están casando. ¡Qué sinvergüenzura!

—Abuelo, no debemos discriminar las decisiones de la gente que tiene su preferencia y quiere casarse, res-

pondió de inmediato Daniel, casi sin darse cuenta.

—¡Me salió liberal el nieto! dijo Mario mostrándose divertido, y dirigiéndose a todos.

—Daniel solo respeta las inclinaciones sexuales de los demás, papá, intentó explicar Ana María, a un Mario en apariencia enojado por el intento de aclaratoria.

Hombre de voluntad férrea, Mario pocas veces ha aceptado que lo contradigan. Muy serio, precisó:

—Mire, Ana María, Dios dijo: “hombre y mujer”. No macho con macho. ¡Pero qué perversidad entre los maricones! finalizó diciendo, y se levantó bravo de su asiento. ¡Y me voy! Vamos, Teresa.

—Pero, papá...

—Tú sabes cómo es ese llanero; no soporta este tipo de temas, irrumpió Teresa, resignada. Dios los bendiga. Chao...

Teresa alcanzó a Mario, quien ya casi salía de la terraza. Ana María y Daniel hablaron en silencio, con la sola mirada entre ellos.

La noche se había vuelto madrugada, y ya casi eran las 3 de la mañana. Un joven de piel blanca, ojos claros y cuerpo atlético salía de una discoteca “de ambiente”. Cruzó la calle sin darse cuenta que dos hombres lo seguían; llegó a donde había estacionado su moto, y enseguida los tipos lo abordaron.

—¡Mariquita!

—Miren, panas, déjenme quieto, dijo Leonel mirando al que le gritó.

Mientras este se pasaba sugerente la lengua por los labios, el otro increpó a Leonel:

—Nosotros no tenemos panas patos...

Uno de los delincuentes golpeó con un tubo las piernas del joven hasta hacerlo caer al suelo. Comenzaron a turnarse para apalearlo salvajemente con la pieza de metal. La pobre víctima se quejaba, pero nadie logró escucharlo. Ya inconsciente, fue desnudado para introducirle el mismo tubo por el ano, desgarrándolo brutalmente. Los delincuentes luego de cometer el brutal hecho, huyeron del lugar. Leonel quedó tendido, inmóvil, desvalido, en el suelo. Nadie lo miraba, y de haberlo mirado, quizás lo hubiesen confundido con algún ebrio del lugar, o con cualquiera de los malvivientes que abundan por ahí. Lo ignoraban y pasaban de largo. Apenas podía respirar ese cuerpo inerte, ignorado por los que pasaban por el lugar.

En la mañana, Pablo pasaba por la avenida Blandín en su vehículo, y al voltear la mirada hacia su lado izquierdo, vio al joven que en la madrugada había sido atacado con saña y perversidad. Detuvo su carro, se aseguró de que estuviera vivo, y llamó a una ambulancia.

En la sala de emergencias del hospital Domingo Luciani, Pablo abordó al médico de guardia:

—Doctor, fui quien encontró al joven, y quisiera saber ¿cómo se encuentra?

—Su estado es muy delicado. ¿Es usted familiar del paciente?

—Solo pasaba por la avenida y gestioné los primeros auxilios al verlo casi muerto.

Una de las enfermeras del hospital interrumpió para decirle al doctor, mirando de reojo a Pablo:

—Disculpe, doctor, le informo que acabo de suministrar el tratamiento al paciente Leonel Mendoza.

—Perfecto, Diana. ¡Gracias!

—¿Morirá, doctor?, preguntó Pablo.

—Como le dije, su estado es delicado. Sus intestinos fueron perforados y perdió mucha sangre. Gracias a usted está con vida, pero solo un milagro podrá salvarlo, respondió el galeno como si estuviera dando un informe, así, sin emoción alguna.

—Esta es su cartera, intervino la enfermera extendiendo el brazo para entregarla.

—Tal vez usted pueda contactar a algún familiar o amigo, le dijo el médico a Pablo, entregándosela después.

—Déjeme revisar para saber qué puedo hacer, contestó diligente el abogado.

—Debo ir a quirófano; si logra algo, señor, le agradezco me lo haga saber.

Leonel se encontraba en terapia intensiva. Oxígeno conectado, suero, bolsas de sangre. Mientras que en la sala de espera se encontraba Pablo, con la cabeza inclinada mirando al suelo. A pocos metros, en la recepción, llegó un muchacho notablemente preocupado.

—Recibí una llamada de urgencias. ¿Está recluso aquí Leonel Mendoza?, preguntó. La recepcionista le respondió que esperara mientras revisaba la lista de ingresos.

Pablo subió el rostro y vio a Daniel. Se levantó nervioso, sorprendido, pesaroso.

—¿Tú?, preguntó Pablo en voz alta y clara.

—¿Tienes algún familiar aquí?, fue lo que se le ocurrió a Daniel, confundido, como forma de responderle a Pablo.

Pablo ignoró la pregunta y en lugar de responder, preguntó a su vez:

—¿Le pasó algo a Ana María?

—Todos en casa están bien. Vine porque me avisaron que un amigo mío recibió una paliza y está muy grave.

—¿Tú hablas de Leonel Mendoza?

—¿Cómo sabes de Leonel?

—Te dejé una nota de voz en tu celular. Yo fui quien esta mañana auxilió a ese muchacho.

—Tú... ¿precisamente tú?, preguntó Daniel más para sí mismo que para Pablo.

—¡Cálmate, Daniel, te percibo muy afectado!

—¿Cómo supiste que yo conozco a Leonel?, preguntó Daniel alzando la voz.

—El médico me entregó las pertenencias de ese chico junto a su cartera; al intentar indagar sobre alguna pista para localizar a sus familiares, me encontré con esta carta. Daniel le arrancó el papel y lo leyó: “*Oso, te quiero tanto. Eres mi complemento. Perdóname por mi infidelidad*”. (A Daniel le salieron dos lágrimas que recorrieron sus mejillas hasta caer).

—Y también encontré una tarjeta con tu apodo de Oso, y tu número de teléfono. Fue así cómo te precisé. Era tu pareja, ¿verdad?, preguntó Pablo,

más por querer ordenar lo sucedido que por un interés personal.

—¡Quiero verlo!, dijo con desespero Daniel.

Minutos después en la sala de terapia intensiva, agonizaba Leonel. Daniel entró con mascarilla y bata clínica, y se le acercó hablándole con ternura:

—Resiste, Oso, tú eres fuerte. Le agarró las manos. Oso... despierta. ¿Quién fue el hijo de puta, vale? Daniel lloraba y Leonel escuchaba la voz de su amigo, lejos y muy débil. Apenas logró abrir los ojos para con mucho esfuerzo reconocerlo:

—¡Oso!...

—Quédate tranquilito, le ordenó Daniel. No te exaltes, estás delicado...

—¡Perdón!, masculló Leonel.

—No tengo nada que perdonarte. No hables, te hace daño.

—¡Perdóname!, volvió a mascullar, llorando también. Sus ojos se cerraron, y pareció desmayarse.

—¡Leonel no te mueras!, imploró Daniel desesperado y dolido. Doctor, doctor...

El doctor entró a la sala y lo examinó:

—¡Lo lamento! El paciente acaba de fallecer.

Daniel salió llorando de la sala. Estaba destrozado, cuando Pablo lo abordó abrazándolo para decirle:

—¡Lo siento!

Sus palabras sonaron sinceras. Ese abrazo, pensó Pablo, no me causó sino la tibieza que sentiría si abrazara a cualquiera. Daniel lloró, apretando fuertemente a Pablo. Este, sin saber por qué, dejó que el llanto fluyera por sus ojos.

La enfermera los miraba, mientras el doctor rendía su informe a familiares de otro paciente.

Ana María colgó el celular, y extrañada, pensó: “¡Qué broma con Pablo! ¡No atiende!”.

En el aeropuerto de Maiquetía, bajaba Mauro del avión. Un hombre que a pesar de los cuarenta y tantos, suele vestir atuendos que lo hacen lucir muy jovial, y además usa lentes de sol. Pensaba: “Hijo querido, voy a verte después de tanto tiempo”.

En el cafetín del hospital estaban sentados tomando café Daniel y Pablo, mientras charlaban con tranquilidad, aunque al comienzo ambos estuvieron un poco tensos.

—Le debo avisar al único pariente que no lo discriminó por ser gay: su tía Karla. Así Daniel le hizo saber a Pablo lo que a continuación haría.

—Quiere decir... (titubeó Pablo).

—Sus padres al enterarse de que era homosexual, lo rechazaron y botaron de su casa, se adelantó a responder Daniel.

—¿Lo de ustedes fue...? preguntó cortado Pablo.

—Tuvimos dos años de feliz relación hasta que me montó los cachos, y todo lo bonito terminó.

Pablo interesado por primera vez, preguntaba casi sin darse cuenta. Daniel tomaba una soda. Miraba el techo, a las ventanas, a los demás visitantes, a los médicos, a las enfermeras...

—¿Lo amaste?

—¡Mucho! Llevaba un año sin saber de él, y hoy recibí la peor noticia.

—Fue monstruoso lo que le hicieron, comentó Pablo.

—Siento una enorme rabia. ¿Cómo puede ser posible que la homofobia...? ¿Que sean capaces de asesinar a alguien solo por ser gay y de manera tan espantosa?

—Es fuerte, inaceptable... acotó Pablo.

—¿Qué sabes de ponerte en nuestros zapatos, si tú mismo no te aceptas?, preguntó desconsolado a Pablo, mirándolo con profundidad a los ojos, hasta obligarlo a bajar la mirada.

—Daniel, créeme, lamento mucho esta situación. Creo que ni él ni nadie debe ser objeto de un ataque tan atroz, solo por el hecho de ser gay.

—Entonces puedes entender que haya callado a mi familia la verdad por miedo al rechazo, por pánico a su reacción.

—Trato de entenderte, respondió Pablo, pero entiende tú mi posición. Soy un abogado reconocido, un hombre de mucha vida social.

—No soy quién para darte consejos, pero asume tu preferencia, seas quien seas...

—¿Y terminar como Leonel? La sociedad condena sin compasión. (El tono de Pablo es sobrio, calmado, como cuando ha ensayado con sus clientes la defensa).

—¡Qué importa la sociedad si está viciada y llena de prejuicios! arengó Daniel un tanto impaciente, descolocado. Importa ser tú mismo. ¡Vivir, Pablo, vivir!

—Entonces explícame: ¿cómo vivir con lo que nos está pasando a los dos?

Daniel amagó con levantarse. Pablo lo miró fijamente, suplicante, humilde. Entonces volvió a acomodarse en su asiento y le precisó:

—Entre nosotros lo que pasó fue una cosa de tragos, noche de locura. Tú y yo somos un punto final. Tú eres el ara sagrado de mi madre, y mi mamá es tu altar. Yo, un accidente.

—Daniel, yo... intentó hablar Pablo, pero su interlocutor lo interrumpió:

—Pablo, sincérate contigo mismo y abrevia tu vida con una sola palabra: honestidad.

Esta palabra se le clavó como un cuchillo en la garganta a Pablo, logrando enmudecerlo. Daniel se levantó y se fue. La rutina en el comedor del hospital siguió sin dar cuenta del diálogo ya finalizado.

En casa de la familia Luján tocaron a la puerta y Ana María abrió en dormilona. Al saber de quién se trataba, se sorprendió.

—¡Mauro!, gritó conmovida. Su sonrisa era honesta, casi cristalina.

—Mi querida ex, pronunció Mauro risueño y galante.

—Definitivamente, chico, eres como la gripe, que va y viene y cuando uno menos se lo espera, aparece.

—Al menos invítame a pasar para un vasito de agua y un cómo estás, pidió Mauro, antes de que Ana María, en efecto, lo invitara a pasar.

—¡Ve tú adelante, te sabes perfectamente los rincones de esta casa. ¿Y eso, que te acordaste que tienes

un hijo? ¡Por cierto, ya se va a graduar de periodista y todo!, le contó Ana María mientras ambos caminaban.

—¡No cambias tu humor negro, Ana! Para tu conocimiento, yo a mi hijo lo llamo casi todos los días.

Llegaron a la cocina y ella sacó de la nevera una jarra de agua para servirle un vaso.

—¿Estás de paso?, inquirió ella.

—Sí, vine a realizar la compra y venta de algunas propiedades de un cliente, y dentro de un mes me regreso a México.

—Ese país te queda como anillo al dedo...

—¿Cómo así? ¿Por qué?, preguntó intrigado.

—Como que combina contigo. Tú, un súper macho, en el país de los machistas.

—Buena el agua, comenta Mauro, eludiendo responder, pues sabía que era un tema serio que no hacía falta tratar.

—Yo te hacía casadísima, optó por pronunciar.

—¡Prontico! Como quien diría, para ayer.

—Entusiasmadita entonces, ¿no?

—Enamoradísima, Mauro Contreras, como nunca antes. Descubrí a un hombre leal, fiel, honesto. Lo opuesto a ti, que hasta en sueños me montaste los cachos. Pero gracias a Dios que existe una palabrita que termina con una firma: divorcio.

—Tan mal no te fue conmigo porque te preñé de un *varonsote*, un *muchachote*, o sea mi clon, dijo divertido Mauro.

—Lo de *muchachote*... *varonsote* te lo creo, pero ¿cómo que tu clon? Contigo se rompió el molde. Daniel es

noble, sencillo, humilde y eso lo sacó de mis genes.

—Sumisa como siempre, Ana María Luján, ripostó Mauro, con el correspondiente dejo de sarcasmo. Y dime una cosa: ¿dónde está mi hijo?

En ese preciso momento, se escuchó una voz desde la sala.

—Mamá, llegué...

—Estoy en la cocina, respondió Ana.

Ana y Mauro se encaminaron a la sala, y Daniel mostró sin disimular la alegría que le produjo ver a su padre.

—¡Papá!, gritó mientras se dirigía a su encuentro.

—Titúlame, Soy tu mejor noticia hijo, le dijo Mauro consternado, al momento de abrazarse.

—¡Osado! ripostó Ana María. ¿Título tú?

—Cuéntame, ¿y ese aterrizaje sorpresa? preguntó Daniel, casi sin notar a su mamá en el momento.

—Trabajo, hijo, y las ganas de darte un abrazo, ¡palo de hombre!

—Bendición, mamá, dijo ahora Daniel, mirándola.

—Pensé que era transparente...

—¡Tú no cambias tus celos! Comparte, chica, pasas el mayor tiempo con Daniel. Mis espermatozoides también hicieron su trabajo en esta creación, mi amor, dijo Mauro reclamante y persuasivo.

—¡Por favor!, intervino el joven hijo, no vayan a empezar a pelear, porque hoy he pasado un día espantoso.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?, preguntó Ana preocupada.

—Segurito te atracaron, sentenció Mauro.

—Peor que eso. Asesinaron a un ex compañero del liceo, respondió a secas Daniel.

—¿Cómo? ¿Quién?, volvió a preguntar Ana.

—¡Qué culero!, dijo Mauro, expresando su sorpresa en “mexicano”, por el tiempo que ha permanecido allí.

—Mamá, ¿te acuerdas de Leonel, mi pana? El de “para arriba y para abajo, costillita”.

—¡Claro! respondió Ana. Si él vino a la casa infinidad de veces.

—¿Y cómo pasó?, le preguntó su papá.

—La policía está investigando el móvil del crimen, aseguró Daniel conteniendo la emoción.

—¡Qué desgracia! Sé cómo debes sentirte, pero... ¿cómo te enteraste? preguntó Ana, acercándose a Daniel, quien permanecía de pie.

(La vida es un sueño, caviló Daniel, pensando para sí). Tu prometido esta mañana lo encontró tirado en la avenida Blandín.

—¿Pablo?

—Sí, por medio de una tarjeta pudo conocer mi número telefónico y sin saber que era yo, me pasó una nota de voz y así logré ir al hospital a constatar que se trataba de Leonel.

—Me imagino cómo debe estar su familia, un muchacho tan joven. Ahora entiendo por qué Pablo no contestaba el celular, se explicó Ana a sí misma en voz alta.

—Buena vaina, dijo Mauro, reponiéndose de la sorpresa. Bueno, Daniel, te recomiendo que te duches, comas algo liviano y te acuestes. La impresión que viviste es fuerte y yo aprovecho para preguntarles si puedo pasar la noche en la casa.

—¿Aquí? Ana María se sorprende.

—Ya es tarde y no reservé hotel. ¿Podré?, preguntó Mauro.

—Por mí no hay ningún problema, papá.

—Cuartico de huéspedes, mijito, alertó Ana María, mirando a los ojos a Mauro, quien solo sonreía. Daniel salió de la cocina. Ana María quedó sola, pensando en Pablo. Por un momento sintió de nuevo esa inseguridad vivida con Mauro, quien pasaba horas sin responder su móvil, y luego le decía que era por trabajo. Bien pronto descubrió que las juntas de trabajo que aducía tener y le impedían contestar, eran horas de hotel con sus amantes.

Por eso en la mañana se enojó con Pablo, pero al saber por su hijo las razones de por qué no respondió, y sabiendo que Daniel nunca le mentiría, se sentía mejor, tranquila. Solo esperaría ver de nuevo a Pablo.

Al día siguiente Gregorio y Pablo trotaban.

—...Y pasé todo el día en el hospital.

—¡Y joven el carajito!, dijo boqueando Gregorio.

—Coño, sí...

Pablo intentaba despejar su mente corriendo. Trataba de dejar lejos esas horas en el hospital y la plática con Daniel.

En la sala de la casa de los Luján, Daniel y Mauro hablaban.

—¿Qué haces, papá?

—Salí a comprar el periódico —respondió Mauro—. Anoche me impresionó mucho tu relato sobre la

muerte de ese muchacho. Ah, mira, esta es la noticia: “Horrendo crimen. Asesinado joven luego de salir de discoteca “de ambiente”. Se sospecha que el occiso era homosexual y que es un asesinato producto de la homofobia de sus atacantes”.

Impactado, preguntó a Daniel si su amigo era “pato”. Daniel, ante la palabra, se sintió incómodo, y corrigió a su papá:

—Homosexual...

—¿Tú, mi hijo, amigo de un invertido?!

—¡De un buen amigo, papá!, aclaró tajante, acrecentando su incomodidad ante su padre.

—Mira, Daniel Contreras... un macho, y mucho menos un Contreras, socializa con depravados.

—Leonel fue un extraordinario ser humano. Con su preferencia, pero ser humano...

—¿Preferencia?, preguntó Mauro dejando conocer la molestia que le causaba el que su hijo compartiera con esa gente. Enfermedad, perversión... Mira Daniel, seres como esos corrompen a la sociedad.

—¿Qué me dices de los delincuentes, asesinos y drogadictos?, preguntó a su vez Daniel. ¿No corrompen?

—Preferiría un malandro antes que un bicho raro, pato, maricón. ¿Me entendiste? Y me largo. Este tema me da ganas de vomitar. ¿Sabes?, bien hecho que lo mataran, porque denigraba al gremio de los hombres. ¡Haberse visto, pues!, un hijo mío, amigo de “unas bujías enchumbadas”.

Mauro se fue a la calle y Daniel quedó desconcertado por el repudio, por la ira en las palabras de su padre.

¿Qué pasará cuando ese hombre machista descubra que su hijo es uno de esos? ¿Qué dirá? En ese instante llegó Ana María con una taza de café.

—¿Y el adolescente de tu padre?

—Se fue a la calle con su retrógrada vida...

Ana María subió a su cuarto y Daniel se quedó solo en la sala. Leía y releía la noticia. ¿Y qué si hubiera sido yo el atacado? ¿Qué diría mi padre ahora?, ¿Qué diría mi madre?, fueron preguntas que le asaltaron como ráfagas de una lluvia tenue, pero pertinaz.

Mientras, lejos de allí, en el patio de la Universidad Central de Venezuela, Aurora y Andreina hablaban.

—Todo está preparado para este sábado, manifestó emocionada Aurora.

—Al fin voy a comprobar si a Daniel le gustan o no las mujeres, comentó entre risas de macabra satisfacción Andreina.

En la misma universidad, pero en la fuente de sodas, Fabricio y Daniel conversaban.

—Verga, ¿y todo eso pasó ayer? preguntó Fabricio sorprendido por la noticia. ¡Me dejaste loco, pana! Tu ex, asesinado y rescatado por el actual.

—Pablo nunca ha sido ni será actual en mi vida, aclaró Daniel con disgusto, dando un golpe en la mesa.

—Coño, está bien. No te arreches, chamo, ser gay es una marca que odian, agregó para tranquilizar a su amigo.

—Sí, Fabricio, para muchos ser gay es como decir “pandemia”, puntualizó Daniel, resaltando esa pala-

bra. Nos quieren exterminar. Si pudieran hacer una vacuna para eliminarnos, no lo pensarían dos veces.

—Y dime, ¿qué más pasó con Pablo? preguntó Fabricio intentando salvar la conversación, que iba hacia un lado que él no quería.

—Se portó solidario. El tipo al parecer tiene sentimientos. El solo hecho de auxiliar a Leonel habla bien de él. Me atreví a decirle que buscara su verdad.

—Háblame desde adentro, Daniel. ¿Qué sientes por Pablo? Al decirlo, las inquietas miradas de ambos se cruzaron, casi hablando antes de que sus labios lo hicieran.

—Si te soy sincero, ese hombre me atrae. De otra forma, no me hubiese acostado con él. Pero no puede ser, es la pareja de mi mamá.

Al momento, tres estudiantes llegaron para provocarlos.

—¡Los gemelos fantásticos activados! dijo Elio, uno de los recién llegados.

—Será maricas enamoradas, soltó Rubén, secundándolo. Daniel se levantó de la silla y muy bravo les advirtió:

—Paren el chalequeo ya...

—¡Arrecha la marica!, dijo entonces Humberto.

—¡Arranquen de aquí! gritó enojado Fabricio, también levantándose de su asiento.

—¿Quién es el pasivo y quién el activo? preguntó Rubén, notablemente burlón.

—¿O le dan la vuelta al peón? agregó Elio, siempre segundón.

—Mejor aún, son agujas, repuso Humberto. Ensartan y se dejan ensartar.

Enseguida Daniel se quitó la camisa y les espetó:

—¡Estuvo bueno, cabrones!

—La marica me quiere aruñar, dijo riendo Elio para luego gritarle: Gatúbela...

Daniel le soltó entonces la mano en la cara a Elio, quien cayó desmayado al suelo.

—Knock-out fulminante, decretó con sarcasmo Fabricio, y les dijo a los otros:

—¡Recojan su gallina muerta!

—¿Quién es el otro que le va a echar bolas conmigo?, retó Daniel. ¿Tú, Humbertico?, a lo que este respondió:

—Estamos pendientes, mariposa...

—Lo que ustedes quieran, yo quiero, gruñó finalmente Daniel.

Ante la evidente cobardía de los guapetones, se dispuso entonces a marcharse junto a Fabricio. Y mientras que Elio permanecía en el suelo, Humberto y Rubén se miraban impotentes, quizás pensando en cómo unos maricas los habían retado, y en cómo decirle a Elio cuando despertara, que un marica lo noqueó.

En el apartamento de Pablo, Ana María y él dialogaban desnudos en la cama.

—Disculpa Ana María, pero no puedo ahorita, disculpa.

—¿Qué pasa? Estás extraño...

—Me duele la cabeza, ¿comprendes? le dijo Pablo meciéndose las sienes.

—Llevas días sin llamarme y sin responder el celular. Te noto distante.

—No exageres, amor. Estoy cargado de trabajo.

A pesar de esta respuesta, Ana María vuelve a la carga.
—Pero aun así me tienes descuidada. Recuerda que estamos a un mes de nuestro matrimonio, y deberíamos estar más compenetrados...

—No te vayas a los extremos, Ana María.

Ella entonces decidió vestirse y le dijo molesta:

—¡De acuerdo! Cuando bajes a tierra, me buscas. Tienes treinta días para decidir si quieres o no casarte conmigo, Pablo Rigos.

—Espera, espera, Ana María, pidió Pablo casi gritando. Sin embargo, ella siguió su marcha, arrojando la puerta con fuerza.

En la Alta Florida, cerca de la iglesia de Chiquinquirá, se encuentra ubicado un edificio de nombre “Esperanza”, y en el tercer piso, apartamento 3b, vive Fabricio. Es el siguiente sábado, y este se encuentra con su novia Aurora y su mejor amigo Daniel, tomándose unos tragos. Sonó el timbre y Daniel, que ya estaba un poco bebido, preguntó si esperaban a más personas. No hubo respuesta, y Aurora se levantó a abrir la puerta. Era Andreina, y sin esperar que la invitaran a pasar, entró despreocupada.

—¡Qué casualidad! ¿Tú aquí, Daniel?

—No sabía que tú vendrías, Andreina, dijo Fabricio muy serio.

—Yo la invité, Fabricio, explicó Aurora, y dirigiéndose a ella, le indicó: Ponte cómoda, ya te sirvo un trago.

—Voy por hielo a la cocina, informó con aparente contrariedad Fabricio.

—Te acompaño, terció de inmediato Daniel, levantándose.

Ya en la cocina, Daniel preguntó a Fabricio:

—¿Cómo es que la acosadora está aquí?

—Recuerda que Andreina y Aurora son íntimas...

—Bueno, con tal de que no se ponga intensa..., dijo suspirando Daniel.

Ambos quedaron pensativos, en silencio, hasta que la voz de Aurora se escuchó desde el comedor:

—Mi amor, se acabó la botella. ¿Será que tú y yo vamos a la licorería?

—Claro, amor, respondió Fabricio, mirando a Daniel para decirle en voz baja: Pendiente mi pana, voy a comprar cañita.

—¡Dale, pues!

La pareja salió, intercambiándose antes una mirada las mujeres. Daniel, ya excedido de licor, quedó a solas con Andreina y esta tras un silencio breve, le preguntó:

—¿Te diste cuenta?

—¿De qué?

—¡Estamos solos!

Y con un movimiento rápido, en apariencia espontáneo pero que había sido estudiado, Andreina se levantó despojándose de su blusa, para quedar solo en brasier ante la mirada tensa de Daniel.

—¿Qué haces?, preguntó él.

—¡Quiero ser tuya, Daniel!...

—¡Vístete!

—¡No quiero!

Diciendo esto, Andreina se le fue encima, besándolo en la boca. Daniel, incrédulo y algo lento en sus reacciones producto de los efectos del licor, la empujó, y ella se le encimó de nuevo. Daniel le preguntó con enojo:

—¿Qué parte de que no me gustas no entiendes?

—¿Me rechazas? ¿Eres de hierro? ¡Soy una hembra, chico! Ven, bésame, insistió divertida Andreina haciéndole saber que estaba gustosa, enfrentando el reto que representa conquistar a ese macho inalcanzable.

—¡Basta!

—¡Basta digo yo! Sé sincero. ¿No te gustan las mujeres, verdad?

La voz de Andreina revelaba diversión, incredulidad, deseo, lujuria, todo junto. En el fondo, esperaba una respuesta que no quería escuchar.

—¡Soy homosexual!, gritó Daniel. (Los efectos del alcohol le dieron fuerza y valor para decirlo, sobre todo tratándose de una mujer como Andreina).

—¡Claro! La verdad... tu confesión no debe sorprenderme, dijo ella, mientras buscaba su blusa y se arreglaba el cabello.

—¡Déjame en paz, Andreina!

La mujer salió del departamento. Adentro, el silencio contrastaba con el ruido de los pensamientos de Daniel. La pareja anfitriona, pasado un tiempo, regresó al departamento. Fabricio, sospechando por la mirada de su amigo lo que había ocurrido, pidió a Aurora que omitiera cualquier comentario. Daniel los vio llegar, y enseguida se despidió.

Aurora tomó su celular y llamó a Andreina mientras se dirigía al cuarto. Fabricio se sirvió otro trago y encendió un cigarrillo. La calle, silenciosa a esa hora, parecía lejana...

Ana María y Mariana conversaban amablemente en el restaurante El Gran Gourmet, del centro comercial Chacaíto.

—De verdad, no sé qué decirte, Ana María...

—Está extraño, Mariana, dijo suspirando Ana, mientras sorbía su café.

—Puede ser que Pablo esté *full* de trabajo. No le hagas mucho cerebro a eso y cuéntame. ¿Cómo van los preparativos de la boda? (Mariana quiere cambiar la conversación. Siempre ha evitado los arranques “dramáticos” [así les llama], de Ana María).

—Hoy comienzo a repartir las invitaciones de la boda y mañana retiro el vestido de novia.

—¡Viste, chica! Hablas del matrimonio y te cambia el semblante. Céntrate en eso y deja de estar pensando en cosas negativas.

Ana María al parecer le hizo caso. Intentó no ensombrecer su fisonomía cada vez que pensara en la desatención de Pablo. Mariana insistió e hizo que hablaran del color del vestido y de los arreglos que hay que hacerle...

— Pero estás igual de flaca...” le dijo Mariana, refiriéndose a esos posibles arreglos.

En casa de los Luján sonó el timbre a las 8:15 de la mañana. En bata de baño, descalzo y con el cepillo de dientes en la mano, Mauro abrió la puerta. Es Pablo, a quien extrañado Mauro le pregunta:

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—¡Buenos días!, ¿Ana María?... preguntó Pablo, mientras intenta dar un paso para entrar. Mauro se lo impide con disimulo y le formula otra pregunta:

—¿Quién la solicita?

—Soy Pablo... su futuro marido.

—¡Ah, ok! Yo soy Mauro, el ex de tu futura mujer.

Los hombres se saludaron ahora sin mucha formalidad. Mauro en su papel de dueño de casa hace que Pablo, con miles de pensamientos pasando su mente, no se imponga y que ocupe su lugar de invitado. Al poco rato llegó Ana María y saludó cordialmente a Pablo, al tiempo que intentó presentarlos.

—Sí, Ana, ya nos conocimos. Lo que no sabía era que estaba hospedado aquí, agregó sin mostrar su malicia.

—¡Es que Anita y yo conservamos una buena amistad! Ya les traigo un cafecito.

Se retiró entonces a la cocina, y le gritó a su hijo:

—Hijo, llegó tu padrastro. (Su finalidad era que a Pablo no se le olvidara quién es el invitado).

—Pablo..., se llama Pablo, papá, contestó Daniel alzando la voz.

Mientras tanto en la sala, los novios conversaban.

—¿Te molestó que Mauro esté instaladísimo en la casa?

—¿Por cuánto tiempo estará? Te recuerdo que la boda está a la vuelta de la esquina. ¿O es que acaso

vamos a convivir los tres en esta casa?, preguntó airado Pablo buscando un pretexto para hacer enojar a Ana María.

—¡Por supuesto que no! ¿Tú estás celoso de Mauro? En ese momento llegaron a la sala Daniel y su padre, este último trayendo dos tazas de café en sus manos:

—Para mi ex y para mi socio, dijo sonriente.

—¡Gracias! ¿Qué hubo, Daniel, cómo estás? preguntó muy serio Pablo, con la innegable intención de cambiar de tema.

—¿Qué tal, Pablo?, respondió Daniel estrechándole la mano, e intercambiando miradas.

—Este es mi muchacho, Pablo, dijo Mauro jalando para sí a Daniel. Se me gradúa en un abrir y cerrar de ojos, agregó.

—Bueno, mamá, me voy a la universidad, interrumpió Daniel, apartando el brazo de Mauro, que permanecía sonriente.

—Dios te bendiga, le respondió Ana María. Yo también voy saliendo a la oficina.

—Ok. Nos vemos, papá.

—Gusto en conocerte, Mauro, se despidió cortés Pablo. Mientras Daniel, Ana María y Pablo se retiraban de la casa, Mauro pensaba: Ese novio de mi ex parece un huevo sin sal.

Cerró la puerta y fue a prepararse una tortilla. De vez en cuando sonreía y de nuevo pensaba: “Huevo sin sal”... y otra vez sonreía.

Aurora y Andreina charlaban en la biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, obviamente, en voz baja:

—No puedo creerlo, Andreina...

—¡De infarto!, amiga. Mis sospechas con respecto a Daniel fueron confirmadas. Es gay, juega para el otro equipo. ¡Qué desperdicio!

Aurora no puede creerlo, y queda en silencio, pensando. ¿Por qué Fabricio no me lo ha dicho? ¿Será también...? Con su duda y ese pensamiento asqueroso, tomó sus libros al igual que lo hizo su amiga, y ambas se levantaron para dirigirse a la siguiente clase.

Ana María y Pablo estaban en el interior del automóvil estacionado en un centro comercial. Conversaban, pero la tensión entre ellos se podía percibir con facilidad.

—¿Entonces no te desagrada que Mauro esté hospedado en mi casa por unos días?, preguntó Ana María, buscando algún pretexto, a su vez, para pelear.

—No comparto ese modernismo de ustedes, pero respeto tu decisión; además confío en ti, Ana María. Yo te amo.

—Gracias, mi amor, y perdona mis pataletas. Sé que estás agobiado de tanto trabajo en el bufete.

—Ya tengo la solución para dedicarle más horas a los preparativos de la boda y pasar mayor tiempo contigo, le comentó Pablo, algo aliviado.

—¿Cuál solución conseguiste, Pablo?

—Saldré de vacaciones.

Ana María se alegró, y con espontaneidad se dieron un beso. La mujer saboreó y recordó que llevaba mucho tiempo sin besar a Pablo, y que parecía que a él no le importaba. Y mientras olvidaba las rabietas, recordó la primera vez que se besaron...

Andreina, en el patio central de la universidad, habló como si estuviera dando una noticia importante:

—Sí, Humberto. Daniel me confesó que es homosexual. Es niña y le gustan los niños.

—Lo sabía, aclaró Humberto riéndose con burla, lo sabía. Tan delicadito, educadito... y es que se le afloja el barro. Ambos rieron y otros que pasaban también optaron por hacerse parte de la burla.

Afuera de la universidad, a las 10:00 de la mañana, dentro de un Ford Fiesta, Fabricio y Daniel se encontraban comiendo arepas en completo silencio.

—Cometiste un error al revelarle tu identidad sexual a la loca de Andreina, comentó Fabricio, rompiendo así la sequía de palabras entre ellos.

—¿Qué querías que hiciera, Fabricio? Se quitó la ropa, me besó a juro y encima quería que le hiciera el amor.

—Esa loca te va a destruir. Tu cabeza rodará por toda la universidad.

—Asumiré las consecuencias, dijo seguro Daniel, aunque en su mirada se notaba un atisbo de preocupación.

—Ser gay no es un delito, Fabricio.

Añadió sin mayor pausa.

No se percataron que desde atrás se acercaba furiosa Aurora. Fue muy tarde para Fabricio cuando logró verla por el retrovisor. Al estar frente a la ventanilla, le gritó a su novio, pero dirigiendo su mirada a Daniel:

—¡Así mismito quería encontrarlos!

Fabricio se bajó del auto de inmediato, e intentando conciliar, le preguntó:

—¿Y tus gritos como por qué, Aurora?

—¿Es que a ti no te da asco compartir la comida con este homosexual?

Daniel se bajó del carro y le lanzó:

—¡Ah, vaina, estás enterada!

—Mi peo no es contigo, cosita rara. Es entre mi pareja y yo.

—Cálmate, deja las ofensas, Aurora, intentó serenar Fabricio.

—No me calmo y explícame cómo vamos a solucionar esto.

—¿Solucionar qué? Sí, Daniel es gay, es cierto. ¿Pero en qué afecta eso a nuestra relación?

—En todo, ¿sabes? ¡Tantas veces que te lo pregunté, chico, y me lo negaste! Tanto andar con este, tanta atención más para con él que para conmigo. ¡Es que la mujer tuya parece Daniel!

Muy molesto, Fabricio le gritó:

—Ya va, ya va, ya va. Párame eso ahí. ¿Qué insinúas, Aurora?... ¿que yo me acuesto con Daniel?

—Eso lo estás diciendo tú. Ahora mismo, rapidito y sin anestesia, te decides: dejas tu amistad misteriosa con él, o tiras por la borda cinco años de concubinato. ¡Dime!

—Es absurdo, Aurora, alegó Fabricio, intentando razonar con su pareja. Primero, respeta a Daniel, es nuestro amigo; segundo, respétate a ti misma. Tú eres mi mujer y él mi amigo. Tu incoherencia está fuera de órbita. ¿Qué decisión superflua y apresurada pretendes que tome, por Dios?

—La más sensata, dijo insistente Aurora. Como verás, tu nombre ha estado en tela de juicio por toda la universidad. Comentan que tú y tu amigo son pareja. ¿Y yo? El papel de cornuda, cabrona, a quienes todos ven la cara de estúpida. ¡No me la calo!

—Oye, necia, soy heterosexual, soy tu pareja. Me gustan las mujeres y si quieren vincularme con Daniel, eso es asunto de la gente prejuiciosa y corta de mente, y no me interesa.

—¿O sea, que un homosexual como yo no puede tener amigos heterosexuales como tu pareja? ¿Es tan censurada la vaina? intervino al fin Daniel. Aurora volteó para verlo directamente y le dijo:

—¡Estoy clarita! Ya ustedes dijeron la última palabra...

—No tomes decisiones de las cuales te puedas arrepentir, Aurora. ¡Son cinco años! No arrojes todo a un barranco por culpa de tu inmadurez.

—Lo siento, Fabricio, pero no soy tan mente abierta como para permitirme una relación entre tres.

—Estás siendo muy injusta, Aurora, reclamó Daniel. Fabricio es mi amigo, mi hermano. Es quien me ha ayudado a vivir con este calvario. No puedo permitir que termines con él sin una razón valedera.

Aurora aplaudió irónicamente, y llena de rabia le profirió a Daniel tan cerca de su rostro, que hasta pudo sentir este su aliento:

—¡Te lo ganaste, Daniel! No recordaba que los maricos están de moda. ¡Gózatelo!

Dicho esto, emprendió la marcha. Fabricio intentó detenerla, pero solo atinó a gritar su nombre:

—¡Aurora!... ¡Aurora!

Daniel, al ver devastado a Fabricio, le dijo:

—Me siento culpable...

—¡Culpable de nada, mi pana! No parece una universitaria; la desconozco, me asombra. Tú quédate quieto...

Daniel intentó decir algo más, pero lo ahogó el llanto. Los ojos derramaron todo el dolor, el odio, la frustración que contuvo durante mucho tiempo.

—Coño, ¿por qué lloras? Es que ustedes los maricos todos son dramáticos. Quédate quieto, vamos a echarnos unas cervezas y bórralo, papá.

Subieron de nuevo al carro, recomponiendo su buen ánimo poco a poco, y planeando a dónde irían a tomar esas cervezas. Sin embargo, aunque trataba de ocultarlo, Fabricio también quería darse el lujo de ser “dramático como un marico”, y llorar como Daniel.

En casa de los Luján, Ana María llegó a la habitación de Daniel. Entró seria, sabiendo que él no está. La mujer hablaba para sí misma, recordando lo organizado que siempre ha sido su hijo desde niño:

—Siempre tan ordenado mi muchacho. Ropa interior clasificada, *jeans* planchados. Todo educadito él, organizadito. ¡Qué orgullo es tener un hijo así! ¡Ah, caray!, dejó la computadora encendida.

Ana María se acercó a la pantalla y leyó el documento que estaba abierto: “HOMOFOBIA: IGNORANCIA E INCOMPRESION”. Intentó leer algunos párrafos, pero solo había citas de autores en sus artículos. “Mi hijo, tan organizado también en esto que escribe: Está basando su tesis en la homosexualidad”. Se quedó pensativa, leyendo, intentando relacionar a su hijo con lo que leía. (En los siguientes días, trataría de olvidar lo que alcanzó a leer).

Daniel se encontró con su psicóloga Fernanda Altamirano. La especialista le aconsejaba:

—Tú decides cuándo estarás preparado para decirle a tu familia lo que eres y sientes.

Daniel abrió los ojos, atento a lo que escuchaba sentado cómodamente, y al fin respondió:

—A veces siento que estoy listo, pero me da mucho miedo la reacción de ellos.

—Aquí lo importante no es si tu familia te rechaza o no. Lo importante, Daniel, es que tú aceptaste tu inclinación sexual y eso es un proceso bien difícil... y lo lograste. Asumiste tu identidad sexual.

—Precisamente en días pasados a mi ex lo asesinaron, le pareció adecuado comentar, para abordar el tema.

La psicóloga anotó algo en su libreta. Él, bastante consternado, prosiguió:

—Leonel era su nombre. Sus padres lo echaron de la casa por ser homosexual.

—¿Qué pasó con él? ¿Lo asesinaron?

—Sí. La policía descartó la hipótesis del robo porque tenía todas sus pertenencias cuando un alma buena lo auxilió, y los detectives se enfocaron entonces en la hipótesis de bandas homofóbicas, que persiguen homosexuales para matarlos.

—Así está nuestra sociedad, llena de prejuicios. ¡Pobre muchacho! Por eso me alivia saber que estás centrado, dueño de ti mismo. Debes tener cuidado en la calle.

—Ahora estoy al cien por ciento concentrado en mi tesis.

—¿Y tu parte sentimental?

—Te diré algo, Fernanda. Estoy metido en un rollo sin buscarlo, pero creo haberlo detenido a tiempo.

—Me alegro. Mientras tengas dominio y seguridad de la situación, no hay problema. Hoy voy a entrevistar a un señor de cuarenta y nueve años, que vivió el horror de la calle debido al rechazo de sus padres. Hay infinidad de casos. Lo que me has mostrado de tu investigación me parece que delinea muy bien cada situación, con absoluto respeto en los testimonios de los homosexuales entrevistados. De verdad te felicito.

—Gracias. Te cuento que la novia de mi mejor amigo lo terminó, al enterarse que soy gay.

—¡Ignorante!... Daniel, no dejes que nada te perturbe. ¿Y él qué hizo?

—¡Imagínate! Se inclinó por nuestra amistad.

—¿Ves?, te apoya. Es un ser maduro. Su novia reflexionará y si no lo hace, triste por ella. ¡Si supiera que tener un amigo homosexual es un regalo del Cielo!

Se miraron a los ojos. Fernanda anotó algo en su libreta mientras Daniel seguía hablando de la universidad, de su tesis. La especialista intentó hacerlo hablar de su papá, pero Daniel alegó que aún no era tiempo, que no sabía qué postura tomar con respecto a su padre, imagen del machismo.

En la plaza rodeada de árboles majestuosos y frutales de la universidad central, hablaban Humberto, Elio y Rubén. Humberto, la voz ronca, bebía una soda, y luego de un sorbo dijo a los demás:

—¡Nos la tiene que pagar!

—Es que le tengo hambre... dijo Elio, algo perturbado.

—¡Ah carajo! ¿Hambre?, impostó Rubén, incómodo.

—¿Qué fue? Yo no como carne de gallo, pana, se apresuró a decir Elio, con aires de disculpa.

—Pero tampoco nos acostamos sin cenar, ripostó Humberto al viento.

—Yo paso y gano, dijo Rubén.

—Esto es lo que vamos a hacer, indicó subrepticio Elio. (...).

Pablo estaba sentado en un banco del Parque del Este. El clima era cálido, pero con un viento refrescante del ambiente de esa parte de la ciudad. Pablo fumaba, ensimismado. Llegó Daniel, quien desde le-

jos lo buscaba. Habían acordado encontrarse ahí, y al plantarse frente a Pablo, Daniel disparó:

—Aquí estoy...

—Gracias por venir, Daniel.

—Según tu insistencia, es importante lo que me tienes que decir. Ve al grano, por favor.

—Ando mal...

(Daniel, imperturbable, al parecer enmascara un sentimiento opuesto).

—No he podido estar en la intimidad con Ana María...

—Eso es tu problema, le ripostó Daniel sentado en el mismo banco pero en el extremo y sentido opuestos. (Volteó la mirada, incómodo. Si no le gustaba ventilar su vida sexual, tampoco le gustaba saber la de los demás, y mucho menos la de su madre).

—No he podido hacer el amor con tu mamá, porque tu olor se quedó impregnado en mi piel, musitó Pablo casi poetizando sus palabras.

—¡Por favor, Pablo! ¿A quién pretendes engañar?

—¡No sé qué me pasa contigo! Y lo peor, es que siento que amo a tu madre.

—Tu confesión es baja. El dominó está trancado, Pablo.

—Este es nuestro asunto, Daniel.

—Lo único que te agradezco es que no le hagas daño a mi madre.

—¡Eso jamás! Pero entiende, chamo, me están pasando cosas contigo.

—Mira Pablo, aunque logres descifrar tus sentimientos, yo nunca te voy a corresponder. Así que si sabes contar, no cuentes conmigo.

—No sé cómo pude enredarme contigo, Daniel.

—Nadie eligió este enredo. Pasa la página, no me vuelvas a molestar. Yo amo a mi madre y siento que cuando hablo contigo de alguna u otra forma la estoy traicionando.

Dicho esto, al levantarse se miraron un segundo antes de marcharse ambos al mismo tiempo del lugar, pero cada quien por su lado.

En una vivienda ubicada en un sector popular de la ciudad, Karla conversaba con su hijo Marcelo, entristecidos ambos por la muerte trágica de Leonel.

—Fue injusto tener que cremar sus restos, pero no podíamos costear un sepelio digno, refirió Karla.

—¡Qué vaina con el primo!, señaló indignado Marcelo. ¡Qué injusta y horrible manera de morir! Leonel no merecía ser objeto de una muerte tan brutal, tan salvaje. Asesinado por ser homosexual. Ni siquiera contó con la presencia de tía Lucía y tío Joaquín; ni al crematorio fueron, mamá.

—La conciencia y el remordimiento no los van a dejar en paz. Insólito: ¡Discriminar a su propio hijo!

Al momento, tocaron a la puerta y Marcelo abrió. Sus ojos sorprendidos entonaron junto a la boca su sorpresa: era la tía Lucía, vestida de negro. Tras el saludo de Marcelo, al verla Karla le habló con sarcasmo e ironía:

—¿Qué nombre le doy a tu luto? ¿Remordimiento?

Lucía entró con lágrimas en los ojos a la pequeña casa y dijo seguidamente:

—Karla, hermana, yo... estoy arrepentida. Leonel era mi hijo.

—¡Por supuesto que era tu hijo, tú lo pariste!, reprendió Karla. Así como pariste a los otros cuatro, pariste también a Leonel. Pero como este vino con su vaina, lo echaste como a un perro de tu vida.

—No seas dura, entiéndeme. Leonel era el hermano mayor, y tenía que evitar el mal ejemplo para sus hermanos.

—¿Dices que Leonel era un mal ejemplo para sus hermanos? Te hago un recordatorio, porque no puedo con tanto cinismo. Tu marido sí es buen ejemplo, ¿verdad? Un borracho, consumidor de cripí, agresor, y un peligro para tu familia, ¿dime?

—Estuve equivocada, cegada. No me crucifiques.

—Aquí el crucificado fue Leonel. Le castraste sus ganas de vivir. Le diste la espalda cuando en un momento crucial para su vida era importante el apoyo de sus padres. Entonces no me vengas con arrepentimientos. En esta cajita reposan las cenizas de tu hijo, le dijo luego de levantarse, buscar en una repisa y entregarle una urna de cremación. Espero que tengas la decencia de arrojarlas en un sitio de paz; la paz que nunca tuvo contigo...

—Me duele, dijo Lucía, aguantando una lágrima que se deslizaba por su rostro, buscando caer al suelo.

—Tarde, Lucía, pero que esto te sirva de lección para saber que madre es madre y que uno cría hijos, pero no condiciones. Que estamos aquí para apoyar a los hijos. No lo hiciste con Leonel, ah, pero al borracho de tu marido que te golpea, sí lo apoyas.

—Tienes razón, Karla...

—Tu hijo solo pedía que lo entendieras, continuó Karla.

—Me llevo sus cenizas a un lugar de paz, como tú lo has dicho, como me has indicado, hermana.

—Espero que no cometas el mismo error con otro de tus hijos, y que Dios te perdone, Lucía.

Daniel se encontraba en su habitación trabajando en la tesis de grado. Vestía un pantalón corto y una camisa tipo franela. Tocaron a la puerta, y Daniel indicó que pasara. Era su mamá, con una bandeja en las manos.

—Te traje merienda: Jugo de guayaba y una rica torta de chocolate.

—¡Mi merienda favorita! Se levantó y abrazó a su mamá notablemente emocionado. Eres la mejor mamá del mundo, le dijo cara a cara.

—¿*Full* con la tesis?

—*Full*. Te dije que estaba abordando el tema de la discriminación sexual, y he tenido que investigar mucho.

—¿Por qué ese tema?, preguntó Ana María con voz quebrada, como si hiciera una confidencia, o esperara una. No sé, me causa curiosidad.

—El mundo sexo-diverso es muy complejo y aunque para muchos el tema en Latinoamérica es un horror, la realidad es que los homosexuales no son invisibles en la sociedad, dijo, casi docto, mientras se apuraba con el jugo y lo saboreaba cerrando los ojos.

—Eso es verdad. Pero en qué o quién te enfocas para hablar sobre esta temática que es tan controversial, y justo en tu tesis, preguntó acuciosa Ana María, buscando dónde sentarse.

—Tú lo has dicho, mamá, es debido a lo controversial, (Mientras hablaba, le hacía un espacio en la cama para que ella se sentara). He descubierto, prosiguió, a través de mi investigación, qué tan duro es para un gay enfrentarse a su propia aceptación y, lo más difícil, tener que caerse a ideas y hasta golpes, por culpa de la discriminación y la homofobia.

—Es que socialmente no estamos preparados para ver a personas del mismo sexo agarraditos de una mano, paseando libremente por las calles, contrayendo matrimonio y adoptando niños. Es fuerte, y más en Venezuela, un país tan culturalmente machista, aclaró mientras veía a su hijo devorar la merienda.

—Exactamente, mamá. Por eso quiero que mi tesis sea una ventana de orientación a los que insisten en ignorar, rechazar y discriminar a estos seres humanos.

—Respeto tu iniciativa, aun cuando sigo sin entender del todo.

—Lo dices con un ááánimo, que me resulta oportuno preguntarte: ¿Cómo tomarías que yo te revelara que soy gay?

En ese preciso momento sonó el teléfono fijo de la casa, y Ana María de una vez fue a atenderlo.

—Aló...

—Ven, hija, estoy en el hospital, escuchó en voz de Teresa, nerviosa y preocupada. A tu padre se le subió la tensión.

En el trayecto al hospital, Ana María se repetía la pregunta de Daniel: ¿Cómo lo tomaría si Daniel fuera gay?, si le revelara serlo. Pero prefirió pensar en su padre...

Al siguiente día, con don Mario ya en casa, se encontraban en la habitación Teresa, Ana María, Daniel y Mauro.

—Mire, suegro, usted tiene que tomarse las cosas con soda.

—Mauro tiene razón, dijo Teresa, recostada, rodeada de jugos y vasos. Mario, ya la vida nos está pasando la factura, estamos viejos. Tú tienes empleados, delega funciones en la hacienda.

—Y sería asunto arreglado papá, añadió Ana María apoyando la idea.

—Nos haces falta aquí, agregó Daniel.

—¡Falta me hace un bisnieto!, saltó Mario, mirando a Daniel. Un hombre que herede no solo mis bienes, sino también mi carácter.

—¿Y dónde deja al nieto?, preguntó Mauro. Ese heredó de mí lo guerrero.

—Menos lo irresponsable, dijo juguetona Ana María, porque esa es una etiqueta que tienes tú con sello original. Mientras reían, sonó el timbre.

—Ya saliste tú a embarrarla, Ana María, reprochó Mauro.

—Yo bajo a abrir, gritó Daniel, mientras corría a la puerta. Se trataba de Pablo, a quien el joven saludó desganado.

—Ana María me avisó lo de tu abuelo, trató de explicarle el prometido de su madre, mientras lo hacía pasar.

—Bien, vamos arriba; mi abuelo está en su cuarto.

—¿Tú cómo estás, cómo va la tesis?

—Normal... Subamos.

Entraron a la habitación. Pablo saludó a todos, sin poder evitar notarse un poco nervioso.

—¡Pablo, mi amor!, casi gritó de emoción Ana María. Le dio un tierno beso en la boca. Daniel salió de la

habitación y Mauro balbuceó:

—Éramos muchos y parió la abuela...

—¿Cómo sigue, don Mario?

—¡Vivo!, muchacho. Lo que soy yo, tu matrimonio con mi hija me lo disfruto, puedes estar seguro.

—Esa es la actitud, puntualizó animoso Pablo.

En la quinta de los Blanco, justo en el cuarto matrimonial, Gregorio leía un libro recostado en la cama. Mariana irrumpió y se acostó a su lado. Él cerró el libro y le comentó:

—Si te soy sincero, amor, he visto muy extraño, preocupado y hasta nervioso a mi amigo Pablo; pero interferir en su relación con Ana María, no me parece buena idea.

—La vi tan desencajada, dijo Mariana arrellanándose en los brazos de su esposo. Hasta insinuó que si Pablo estaba tan cambiado, era capaz de suspender la boda.

—Grave la cosa, mi amor.

Ella quedó pensativa, mientras Gregorio retomaba su lectura, como si nada la hubiera interrumpido.

Un día después, al salir de clases, Daniel junto a su amigo Fabricio casi llegando ya al carro del primero, se percataron de que en el vidrio del vehículo, había un letrero escrito con pintura rosada:

“HASTA QUE SALISTE DEL CLÓSET, MARICÓN”.

Daniel se acercó furioso a la ventanilla, y de un solo tirón arrancó el cartel.

—Por lo visto, ya Andreina regó en toda la universidad que soy gay. ¡Qué coño e' madrada!, chamo.

—¡Ya, ya, ya, cálmate! Esta vaina no te está quebrando algún hueso, le dijo Fabricio, intentando tranquilizarlo.

—Es una campaña sucia, pana.

—Ve este hecho como un ingrediente positivo para tu tesis. ¡Chico, conviértete en protagonista de tu proyecto universitario!

—Coño, pero es que esta vaina... repetía Daniel como si no hubiera escuchado a su amigo.

—La comunidad gay está luchando por ganarse el respeto ante una sociedad mediocre, trató de reflexionar Fabricio. Han logrado conquistar varios terrenos. Su voz ha estado hasta en la Asamblea Nacional; entonces... tú me dirás, Daniel.

—¿Qué me haría yo sin ti, rolo de loco?

—Ah, bueno. Saca esa marica arrecha y bate con champú esa melena, chamo.

—¿Me acompañas a la entrevista?

—La vaina es en la avenida Libertador, recordó Fabricio mismo. Eso es dándole, estamos sobre la hora... Se montaron en el carro y llegaron a eso de las 11 de la noche al sitio acordado. Daniel desde la ventana de su vehículo, le preguntó a uno de los trabajadores sexuales que se encontraban en la cuadra:

—Buenas noches, ¿cuánto cobras?

—Buenas. Quince dólares la hora. Te lo mamo rico, papi, le respondió casi burócrata el transformista.

—¡Saca tus dólares, gallina vieja! le indicó Fabricio.

—Sé serio, chamo, reclamó Daniel, y dirigiéndose al transformista le dijo: Mira, estoy buscando a Paola.

—¡Qué afortunada! ¡Qué envidia! gritó exaltado el gay. Es aquella de vestido azul...

—¡Gracias!

Acercó el carro adonde estaba el transformista y lo saludó. Paola le dijo:

—¡Divino, Daniel!

El tesista se bajó del carro, y le preguntó:

—¿Preparada?

—¿Y los diez dólares?, fue la respuesta del trans.

—Loco, ¿tú te la vas a coger? preguntó divertido Fabricio.

—¡Qué de lo último es tu amiguito!, chamo, dijo Paola.

—Encárgate de grabar y cierra la boca, le ordenó Daniel a Fabricio, y luego, dirigiéndose a Paola, le dijo: Vas a decir tu nombre de pila, y de manera natural me vas a echar el cuento abreviado de tu vida. Un, dos tres... ¡Ahora!

—Soy Sebastián Bracho, criado en La Pastora, comenzó. Hijo de Patricia Bracho. Mi infancia la pasé rodeado de primos, todos varones. Cuando jugábamos a la casita, siempre quería ser la mamá y te podrás imaginar la “jurungadera” con las manos. ¡Yo gozaba!

—¿A qué edad te diste cuenta de que te gustaban los juegos de niñas? preguntó Daniel muy serio.

—Como a los cinco años. Recuerdo que eran unos carnavales y ese mismo año había ganado el Miss Venezuela Mariángel Ruiz, y yo quería que mi disfraz fuera de reina. Quería ser Mariángel y fue frustrante porque no pude serlo, puesto que mi papá me dio una paliza.

—Háblame un poco de tu época de adolescente.

—¡Ay, fascinante!, dijo emocionado Paola. Las hormonas como las olas del mar picado: Sexo entre mis amiguitos del liceo y mis vecinitos de la cuadra.

—¿Qué género te sentías?

—Femenino.

—¿Tu mamá? Háblame de ella.

—Aceptó la vaina y como fiera me defendía de las burlas de los otros chicos. Soy hijo único, ahora hija única. Es que para que tú veas ese cuento de que las madres no saben. ¡No, niño! Las madres son las primeras en saberlo, y las últimas en enterarse.

—Ahora de adulto, Sebastián, ¿por qué decides ser transfor?

—Debido a mi conducta tan afeminada, me cerraban las puertas por donde iba. Bueno, te cuento de mi primer y último trabajo: Me botaron de la tienda de juguetes, porque el dueño quería culo y le dije que no, y me dijeron chao. Entonces me dije: si tú te sientes mujer, transfórmate en mujer y destácate.

—¿Desde entonces eres una trabajadora sexual?

—Ni modo que me acepten trabajar como maestra, o de gerente de un banco, y se señala a sí misma.

—Cuéntame. ¿A dónde va Paola?, preguntó Daniel en verdad interesado más que académicamente, en lo que escuchaba.

—Me gustaría tener un hogar constituido con una pareja. Un trabajo digno, respondió alzando la mirada al cielo.

—Creo que podrías alcanzar lo que desees, solo depende de ti, afirmó Daniel, tratando de no escuchar-se a sí mismo.

—Eso también es verdad...

—¿Qué le dirías a la comunidad LGBT?

—Que estudien, se preparen, que sean dignos, que aunque nos cuestionen, sepamos llevar la frente en alto. Esta vida de vender nuestro cuerpo no se la deseo a nadie, y mucho menos a un gay.

Cuando terminó de hablar, Paola ya tenía un cúmulo de lágrimas recorriendo sus mejillas.

—¡Gracias, Paola!

Daniel lo abrazó amigablemente, y mientras lo hacía, le comentó al oído:

—¿Sabes? ¡Es bien difícil admitir ser homosexual!

—¡Arrecho es caminar con esos burros de tacones! soltó Fabricio rompiendo con su jocosidad la solemnidad del ambiente, que se había tornado un poco dramático.

—¡Eres patético! le dijo Paola con evidente disgusto.

—Ahora bájate de la mula, paga tus dólares, le señaló Fabricio a Daniel, y los tres terminaron riendo.

Al día siguiente, en la policía nacional, el comisario Leandro Velandro, desde su oficina, da órdenes a sus subalternos, con su característico vozarrón:

—Encontraron un cuerpo a la altura de la Avenida Libertador y necesito saber con detalles la identidad del occiso y el móvil del crimen.

—El hoy occiso respondía al nombre de Sebastián Rogelio Bracho Pimentel, alias Paola, de veintitrés años de edad. El reporte del detective Rojas, decía además que su oficio era trabajador sexual, y que murió asesi-

nado con objeto contundente introducido en su ano, causándole perforación en los intestinos, y ocasionándole una hemorragia que acabó con su vida.

—Es el quinto asesinato en lo que va de año en la comunidad gay, usando el mismo *modus operandi*, advirtió Velandro.

—No cabe duda de que son asesinatos en serie, especificó Febres, en voz baja.

—Recuerden el reciente asesinato de Leonel Mendoza, concluyó imponiéndose con su voz, el comisario. Lo violaron, y perforaron su ano con un tubo.

—Definitivamente - habló Rojas de nuevo con su voz sin emociones - quien esté detrás de todas esas muertes es un psicópata. Hay que investigar hasta dar con ese asesino.

En la esquina de la casa de los Luján hay un kiosco, el cual es frecuentado a diario por Daniel para comprar la prensa. Revisó el cuerpo de sucesos, y se encontró con la terrible noticia: han asesinado a Sebastián Bracho, alias Paola. Daniel asimiló muy mal la novedad, pues se mareó, sintió náuseas. Trató de avanzar en su tesis, pero fue imposible. Hacía apenas algunas horas había entrevistado a “Paola”, y ahora no solo estaba muerto, sino que había sido asesinado de manera brutal, igual que Leonel. “Algo no anda bien, no puede haber tanto odio en este país”, pensó. Esa tarde escuchó en las noticias que la comunidad LGBT salió a protestar a las puertas del Ministerio Público,

exigiendo respeto a sus derechos y que encontraran a los asesinos de miembros de su comunidad.

La noticia y la indignación duró algunos días en los medios, y en la universidad se hablaba del tema, pero no de él. Ahí, justamente, Daniel se tropezó con Aurora y le dijo que tenían que hablar.

—No tengo agenda pendiente contigo, le aseguró Aurora, seca y displicente.

—Yo no estoy abogando por mí. Lo que tú pienses, digas y concluyas, es asunto tuyo. Yo estoy aquí porque sé cuánto se aman Fabricio y tú.

—¡Y tú te metiste por el medio, maricón de mierda!, le increpó resentida Aurora, retomando su marcha.

—Chama, tú estás de manicomio, le dijo Daniel sin que Aurora, al parecer, lo escuchara ya. ¡Retráctate! Las palabras que se lanzan al viento, nunca se pueden recoger, dijo finalmente.

También él retomó la marcha, con semblante de profundo dolor.

Ana María desde la sala de su casa, hablaba por teléfono con su papá cuando llegó Mauro.

—Bueno, ya sabes, debes cumplir con el reposo, y cero emociones. Bendición, papá...

—¿Daniel no ha llegado?, preguntó el ex.

—Tú sabes que él llega tarde, respondió calmada ella.

—Ese muchacho salió como muy disciplinado, Ana, y eso tampoco es bueno.

—¡Tú no cambias el CD, chico! Me tienes aburrida, le dijo molesta, y siguió para su habitación.

Apenas segundos después, llegó Daniel...

—¿Cómo estás, papá?

—Bien. Esperándote...

—¿Y eso?

—Coño, que en unos días me regreso a México y no hemos compartido lo suficiente.

—¡Estás conmigo aquí, papá! No quise que te fueras a un hotel.

—Yo me refiero a salir. A tomarnos algo, a disfrutar de unas birritas, pues...

—¿Birras hoy? Es jueves, papá.

—¡Viernes chiquito y no acepto un no por respuesta!...

—Ok, está bien. Pero solo un par de cervezas...

Al instante sonó el timbre, y Mauro se apresuró a abrir. Era Pablo, y lo recibió casi gritando:

—¡Socio! ¡Pase adelante! Ana María... llegó el ganado.

—¿Qué más, Daniel, cómo estás? preguntó incómodo el recién llegado.

—¡Fino, vale!

—Mi cielo, no me dijiste que vendrías, expresó verdaderamente sorprendida Ana María al tiempo que bajaba la escalera.

—Vine para invitarte a cenar. ¿Qué dices?

Le sorprendió la inesperada invitación, pero halagada dijo que sí sin dudar.

—Busco la cartera y nos vamos...

—¡No nos hacen coco! Mi hijo y yo vamos a rumbear

dijo Mauro queriendo imponerse, como siempre.

El lugar adonde fueron no era lo que esperaba Daniel, acostumbrado a otro tipo de ambiente. Por su parte, Mauro se encontraba muy cómodo, como pez en el agua, en ese *Night Club* adonde había llevado a su hijo. —Papá, ¿por qué a este lugar?, preguntó Daniel tragando saliva.

—¡Colirio para los ojos!, Danielito, y gustazo para el tacto: ¡Hembras!

—¿Qué van a tomar los caballeros?, preguntó el atento mesero.

—Yo, un coctelito, respondió rápidamente Daniel.

—¿Coctelito?, preguntó Mauro, abriendo los ojos. ¡Eso es bebida de niñas! ¡Una de Cacique 500 y par de hembras para la mesa!, dijo dirigiéndose al mesero, mientras le entregaba un billete.

—No puedo excederme, papá, le advirtió Daniel.

—Mira esa morena, lo debe partir duro... expresó Mauro, ignorando el comentario del muchacho y pasando su lengua por los labios.

Se acercaron a ellos una mujer rubia y otra pelirroja. Esta última les dijo:

—Hola, soy Triny... ¿Les regalamos un poco de compañía?, preguntó amablemente, mientras el mesero servía las bebidas.

—¡Tu boca sea la medida, preciosa! manifestó con entusiasmo Mauro, mientras hacía espacio para que Triny se sentara.

—¿Y este muñeco?, preguntó ella refiriéndose al joven.

—¡Con hambre!, y está a tu entera disposición.

Daniel quería correr. Triny de inmediato comenzó a seducirlo, y luego de muchos tragos fueron a una habitación clandestina, ubicada en el mismo local nocturno. Una vez en el cuarto, la mujer le dijo:

—Los condones son cortesía de la casa.

Daniel, ebrio y ya sin camisa, solo atinó a decirle:

—¡Tú no me conoces!

—¡Claro que sí! Eres un Ken, un buenote a quien voy a hacer vibrar...

La mujer comenzó a besarle por el cuello y él, frío como una panela de hielo, le dijo:

—No puedo... No me gustan las mujeres. Al instante, comenzó a vestirse.

—¡Qué desperdicio! se lamentó ella, contrariada.

Daniel salió de la habitación y fue a la mesa donde se encontraba su padre. Sorprendido, este le dijo:

—Usted como que se emocionó y se fue muy rápido...

—Ese machete no funciona con hembritas, dijo Triny mientras bajaba fumando. Tu cachorro cojea de una pata.

Mauro se quedó viendo a ambos, pero la ebriedad no lo dejó dilucidar lo que pasaba.

—Nos vamos ya, papá, por favor, dijo tajante Daniel.

—¿Cómo? ¿Que el gallo no cantó? ¿Cómo no va a cantar, carajo?, dijo Mauro ya ebrio, y un poco violento.

Padre e hijo salieron del local, se montaron en el carro y partieron. Cuando apenas habían recorrido unos metros, los interceptaron tres motorizados, obstaculizando su paso y con arma en mano, los hicieron detener.

—¿Y estos pajúos?, se quejó airado Mauro, mientras detenía la marcha.

Totalmente ebrio como andaba se bajó del auto, y uno de los motorizados encapuchados le dio un fuerte golpe en la quijada y lo hizo desmayar.

—¡Malditos!, gritó bajándose, Daniel.

Lo abordaron, golpearon y metieron en el asiento trasero del carro, donde lo desnudaron y comenzaron a abusar sexualmente de él. Daniel gritaba desesperado, pero fue en vano.

—¿Te gusta así, maricón?, le decía Humberto, uno de los encapuchados. Los gritos de Daniel fueron inútiles, pues nadie atendió los ruegos. Sus atacantes lo golpearon fuertemente en la cabeza hasta que perdió la conciencia.

Sorpresivamente, llegó a esa calle una patrulla de la Policía Nacional, y al ver carro y motos mal parados, y con el cuerpo de Mauro aún tirado sobre el asfalto, se bajaron y pudieron encontrar a los delincuentes in fraganti.

—¡Alto!, dijo el oficial Rojas. Salgan con las manos en la cabeza.

Elio intentó huir y la policía le disparó, cayendo sin vida al pavimento, y Rubén, por su lado, intentó hacer lo mismo mientras pensaba:

—¡A mí no me van a agarrar!

—Aquel está huyendo... alertó el oficial Febres.

Le dispararon y pudieron darle en una pierna, haciendo que rodara. Esposaron a Humberto, y a Rubén se lo llevaron herido. Mientras, desnudo y ultrajado, Daniel fue cubierto con una chaqueta por una mujer

policía. Mauro despertó desconcertado, y sin entender nada, fue detenido para rendir declaraciones.

Al siguiente día, llovía torrencialmente sobre Caracas. En el hospital Domingo Luciani, unidad de terapia intensiva, se encontraba Daniel Contreras. En la sala de espera estaban Ana María y Pablo. Ella permanecía sentada, con un pañuelo desechable en las manos, secándose alternativamente la nariz y los ojos.

—¡Esto es un horror! Vivo una pesadilla, y no quiero que mi papá se entere de esto, repetía apesadumbrada.

—Debes calmarte, mi amor. Daniel va a salir con bien de todo esto, le dijo en tono protector Pablo, al parecer sin mucho convencimiento, dado el gesto que hizo con las manos, tallándose el cuello.

—Fue ultrajado... violado, Pablo... y ahora está ahí entre la vida y la muerte.

En el momento, llegó Mauro con una cura en la cabeza y preguntó:

—¿Cómo está mi hijo?

—Gracias a ti... ¡muriéndose! respondió Ana sin mirarlo.

—¡Por favor, Ana María!, no es el momento... intervino Pablo, tratando de calmarla.

—Déjala Pablo, ella tiene razón... comenzó a decir Mauro, cuando la llegada de un médico lo interrumpió...

—¡Buenas! Les traigo información sobre el estado de salud de Daniel Contreras.

—Dígame, doctor, ¿cómo sigue mi hijo? Estoy desesperada...

—El paciente ya está estable y lo vamos a trasladar a la sala de recuperación. Lo podrán ver en unos minutos.

—¡Gracias, Dios mío! gritó Ana María. ¡Gracias Doctor José Gregorio Hernández! Yo quiero verlo...

—Sí, pero de uno en uno, intervino el médico. La enfermera les dará instrucciones. Denle gracias a Dios que es joven y fuerte. Les recomiendo que una vez de alta el paciente, lo lleven a terapia. El impacto fue fuerte y podría transformarse en un trauma para él.

—Así será, asintió Ana María. Pablo y Mauro permanecieron en silencio, sabiendo que no podían hacer nada, más que escuchar el diálogo entre el galeno y la mujer.

El médico se retiró, y Ana María se dirigió, siguiendo las indicaciones de una enfermera, a la habitación de Daniel.

Mauro le dijo a Pablo, una vez Ana desapareció de escena:

—Solo quería que el muchacho se divirtiera con unas piernas.

—Las vainas cuando van a pasar, pasan, pero que esto te sirva de lección.

Mauro se retiró en el momento que Gregorio llegaba.

—Hermano, gracias por estar aquí, le dijo Pablo mientras lo abrazaba.

—Sí, impactante lo que le pasó a tu hijastro. Pero te noto muy afectado... siendo que apenas acabas de conocerlo.

—Me afecta ver mal a Ana María.

—Entiendo...

—¿Me acompañas al cafetín?, le pidió consternado Pablo. Ambos se dirigieron a comer algo. Mientras, en la cama de la habitación hospitalaria, con suero, trans-

fusión de sangre y calmantes, se encontraba Daniel. Su rostro era irreconocible debido a los golpes sufridos. Ana María entró al cuarto y al verlo expresó su impacto con lágrimas y muy acongojada:

—¡Hijo! ¡De broma no te mataron! ¿Quién te hizo esta monstruosidad? ¡Me duele tanto!

Daniel despertó susurrando:

—¡Mamá!...

—¿Cómo te sientes, mi amor?

—Me siento horrible...

Diciendo esto, se le salieron dos lágrimas que corrieron de inmediato por sus blancas mejillas. La mujer quiso abrazarlo, pero tuvo miedo de lastimarlo más. Al juntar su pecho con la cabeza de Daniel, lo sintió débil, adolorido. Ambos lloraron abatidos, completamente estáticos, compungidos.

Mientras, en la comisaría interrogaban a Humberto. Lo hacía el propio comandante Velandro, hasta que el detenido hizo su confesión con cinismo y frialdad: —Sí, soy culpable, dijo finalmente, sin ningún rasgo de duda en su voz. No me arrepiento, tipos como él son una verdadera vergüenza para nuestro gremio. Manchan la hombría, y deben morir.

—¿Quién es el cabecilla? ¿Tú?

—Alguien poderoso. Le llaman El Grande.

—¿Quién es El Grande?

—Eso te toca averiguarlo, policía, acotó sonriendo sarcásticamente.

—Puedes estar seguro de que daré con ese psicópata, sentenció Velandro, queriendo imprimir en el ánimo de Humberto cierto temor.

En todos los periódicos y noticieros apareció la noticia de la banda de El Grande. La colectividad conmovida y la comunidad gay alerta, procedieron con marchas y denuncias. La sociedad en general, influenciada por los medios, se dividió a favor y en contra. Unos dijeron que lo merecen, otros, que no tanto, y algunos, que es un crimen que aún exista ese odio.

El siguiente domingo, Pablo ingresó al hospital y entró a la habitación de Daniel con tapabocas, vestido con bata quirúrgica sobre su ropa. El paciente estaba profundamente dormido, mas el visitante comenzó a hablarle:

—Ahora comprendo cuán importante eres para mí, pero esto era necesario. ¡Esto somos tú y yo!

Se inclinó y lo besó en la boca, con tan mala suerte, que en ese instante entró Gregorio a la habitación, sin saber que había visita adentro. La sorpresa fue mayúscula, inconmensurable, al ver a su amigo besando a su hijastro.

—¿Qué significa esta vaina, Pablo?, gritó alterado y confundido. Y sin esperar respuesta, indignado además, dio media vuelta y se marchó.

Pablo salió corriendo detrás de Gregorio y logró alcanzarlo en el estacionamiento.

—¡Espera, espérate! Deja que te explique...

—¡No puedo creer lo que vi!

—Amigo, escúchame...

—Es aberrante, Pablo. ¿Quién eres tú? ¿Qué eres?

—Lo que viste no es lo que parece...

—¡Tú sí eres cínico, chico! exclamó fuerte Gregorio.

—Amigo, estoy confundido...

—¿Confundido a los cuarenta y tantos? ¡Por Dios! El marico nace, vale, no se hace.

—Gregorio, eres mi amigo, mi hermano... le dijo suplicante Pablo.

—¡Es que esto es insólito, pana! ¡Tú y el hijo de tu mujer!, le reprochó Gregorio mirando hacia otro lado, pues era incapaz de sostener la mirada a su casi hermano.

—Por Dios, entiende...

—¿Qué voy a entender? ¿Que en una semana te casas y tienes una vaina rara con el hijo de tu mujer?

—No hay ninguna vaina rara, amigo. Nada raro, Gregorio.

—¿Y el beso que te vi dándole a tu hijastro? ¿Qué me vas a decir?... Mira Pablo, para mí todo está muy claro. ¡Eres un bisexual de mierda!

Dicho esto, dio unos pasos alejándose.

—Ven acá, amigo...

Pablo intentó acercarse a Gregorio, pero este lo detuvo con un golpe en la boca. Viéndole sangrar, le dijo muy enojado:

—¡No me toques, maricón! Y que conste, no me duele que seas gay, bisexual o que te guste que te engrasen el chiquito. Lo que me duele es que no hayas sido sincero contigo mismo. Te va a sonar rudo, pero en este momento rompo todo tipo de sociedad y vínculo contigo.

A continuación, se montó en el carro y se marchó acelerando con exceso. Pablo se quedó en el estacionamiento, intensamente dolorido. Algunas enfermeras que rondaban por el lugar se le acercaron, pero él rechazó cualquier atención. Solo quería salir de ahí, salir de la verdad, salir de su vida.

Cuando Daniel egresó del hospital y llegó a su casa, encontró todo dispuesto para su recuperación. Al poco rato sonó el timbre y abrió la puerta. Era el oficial Rojas, de la policía.

—Buenas... pudo pronunciar Daniel, impávido.

—¿El ciudadano Daniel Contreras Luján?

—Sí, soy yo... Dígame.

—Soy el detective Sergio Rojas; le traigo un citatorio para que rinda declaraciones sobre los hechos ocurridos el pasado jueves en contra de su persona.

—¿Agarraron a los delincuentes?

—Por suerte llegamos a tiempo y los aprehendimos. Ahora falta su declaración para así llevarlos a la orden de la fiscalía.

Se miraron. Daniel pareció ver cierto juicio en la mirada del detective: La mirada que tantas veces había visto, esa mirada que le había hecho experimentar, la sensación de que tal vez se merecía lo que le había ocurrido.

Ana María conversaba en su casa con Mariana. Tomaban un refresco, sentadas en un cómodo sofá negro. Ana hablaba nerviosa y un poco ausente:

—Daniel sufrió una tortura; he evitado hablar con él sobre el tema. No resisto mirarlo a los ojos, porque son ellos los que me transmiten su tristeza...

—¡Qué puedo decirte, Ana María!

Mariana intentó acercarse a la dolida madre, pero desistió y se reacomodó en el sofá. Me dejas sin palabras; Daniel es un chamo tan joven, y venirle a pasar esto. ¡Es una calamidad!

—Abusar de su cuerpo, de su intimidad, exponerlo al escarnio público; es difícil poder digerirlo, murmuró suspirando Ana María.

—Debes darle fuerzas, la emplazó Mariana, mirándola con intensidad a los ojos.

En la delegación, el comisario Leandro Velandro dialogaba con Daniel:

—Firme por aquí su declaración, ordenó el oficial, sin modificar su voz grave, profunda.

—¿Cuál es el procedimiento, comisario?

—Ellos pasarán a la orden de Fiscalía e irán a juicio. Se despidieron al terminar con los formalismos burocráticos. Daniel, dolido en algo más que su cuerpo, y el oficial Velandro dando pasos seguros, convencido de que se haría justicia.

Algún tiempo después, los padres de Ana María regresaron a la ciudad, luego de permanecer en su hacienda unos cuantos días. Ambos ignoraban lo ocu-

ruido a Daniel, a pesar de la cobertura mediática, pues ellos no eran muy dados a leer noticias, ni a enterarse de algo más que la información internacional “importante”, según su criterio.

En el jardín de su casa, ya casi sin moretones, Daniel conversaba con su madre.

—Ven mamá, siéntate a mi lado, le dijo Daniel casi como una orden.

—No quiero molestarte, hijo...

—No eres molestia para mí; ambos hemos evitado hablar de lo que me pasó, pero es un tema que no podemos seguir evadiendo.

—Si no quieres, no lo hagas, Daniel, le respondió la mujer con un nudo en la garganta.

—Necesito ser un libro abierto contigo...

—Es tu vida, alegó Ana. (Ella muy en el fondo deseaba seguir evadiendo lo que su instinto le indicaba que su hijo quería decirle)

—Tú estás en ella, estás en toda mi vida...

—¡Ay, Daniel!

—¡Sin más escondite, Ana María Luján! Ya no tengo por qué continuar con una máscara, que tú me quitas cada vez que recuerdas el día que me pariste.

—Es tu rollo, hijo, tu asunto...

—¡Soy lo que tú sabes que soy, mamá! se atrevió al fin a confesarle Daniel, que hasta ese momento no había cruzado miradas con su madre; pero ahora, al decirlo, sentía una seguridad que antes era desconocida para él.

—¡No hay reproches, es tu vida! le alentó Ana María, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Soy homosexual, mamá, siempre lo he sido! soltó finalmente, sin freno alguno.

—Aunque no lo creas, siempre lo he sabido, señaló gimiendo Ana María. Y agregó: Y todo por ese empeño de nosotras las madres en querer tapar el sol con un dedo; pero estaba ahí. Los doce meses del año, las 24 horas del día... estaba ahí.

—He vivido aterrado pensando en tu rechazo, apuntó Daniel sollozando.

—¡Eso jamás! Erradica eso de tus pensamientos, aseguró con énfasis Ana María recomponiéndose, secándose las lágrimas. Yo te amo igual, y más aun sabiendo que te estás enfrentando al mundo exigiendo respeto.

—¡No sabes el peso que me quitas de encima!

—De ahora en adelante, cuenta conmigo en tu lucha. Yo no me avergonzaré jamás de tener un hijo homosexual.

—¡Gracias, mamá!

Se fundieron en un abrazo. Se miraron, rieron, y de nuevo lloraron, pero esta vez de felicidad. Él, por haberse despojado de ese gran peso que sentía, y ella por tener ahora la oportunidad de una mejor y más abierta relación con su hijo. Ambos sabían que una vez erradicada esa frontera que es la incompreensión que impide el respeto, podían brillar ante los ojos del otro.

Un hombre ataviado con una chaqueta negra se encontraba en una cabaña, localizada en un sitio apartado de la Capital. Esa madrugada observaba con atención unas fotografías. Eran los rostros de Pao-

la y Leonel, entre otros, que habían sido asesinados. Arrancó la foto de Daniel, también pegada en la pared, y alrededor de la cara dibujó un círculo con marcador negro, y lleno de odio expresó:

—“Tú no serás la excepción. Los mediocres de Humberto, Elio y Rubén fallaron. ¡Ineptos, no sé cómo pude confiar en ellos!, todos los encargos lo han hecho muy mal. Dejaron muchos cabos sueltos y eso no me conviene. Dañaron mis planes. Debo culminar el trabajo yo mismo”, y furioso, rompió la fotografía.

Más tarde, en el jardín de los Luján, Daniel fue sorprendido por Pablo, cuando estando de espaldas absorto en sus pensamientos, de repente volteó.

—¡Daniel!, pronunció Pablo emocionado.

—¡Nosotros hemos hablado clarito! le manifestó el joven, visiblemente contrariado.

—Saber de ti es mi necesidad...

—Yo creo que no hablo chino, enfatizó Daniel.

—Estuve preocupado por ti. Me dolió lo que te pasó...

—Muy bien, se te agradece. Y de inmediato continuó: Sí, mi mamá me contó sobre el apoyo que le diste. ¡Gracias!, pero ya la película de horror pasó. Esos tipos están en la cárcel y yo continuó con mi vida. Pasado mañana te casas con mi mamá, y yo decidí irme a vivir con mis abuelos para conservar la distancia. Clarito, ¿no?

—Huyes de mí porque sabes que sientes lo mismo que yo siento por ti, aseveró Pablo muy seguro.

—¡No seas absurdo! ¡Por Dios! ¿Qué presumes?
¿Qué intentas establecer?

—¿Hasta cuándo tu rechazo, Daniel? ¡Me vuelves loco!

—Entonces lo mejor será que te vayas con tu loquera para otra parte, bien lejos de mí...

—¡No! Sé que tu mamá está en el supermercado y por eso aproveché para verte a solas unos instantes.

—Haces mal, porque yo te quiero a kilómetros de mi vida.

—¡Me niego a renunciar a ti!, le señaló Pablo, pero esta vez alzando la voz y en actitud agresiva. ¡Me enamoré de ti! le dijo el abogado, tomándolo fuertemente por los hombros.

—¡Suéltame! gritó Daniel un tanto descontrolado.

De repente, Fabricio entró inesperadamente, sin anunciarse y sin aviso, y pudo ser testigo de la incómoda escena.

—¡Que lo suelte!, ¿No escuchó?, gritó fuerte en tono amenazante.

—Así que metes a tus amiguitos mientras tu madre sale de la casa, señaló con una alta carga de ironía Pablo, cambiando su agresiva actitud.

—¡Respeta, inmoral! ripostó Daniel enardecido.

—¡Sal del clóset y deja a la señora Ana María en paz! le gritó esta vez Fabricio enfrentado a él, casi olvidando que eso es algo que le correspondía decir a Daniel.

—¡Pendejo! dijo secamente Pablo sin mirarlo.

—¡Vete de aquí! No hagas que de una buena vez le cuente toda la verdad a mi madre.

—Está bien, ganaron. Me retiro, pero tú y yo vamos a hablar; no será ni hoy ni mañana, pero tú y yo hablaremos...

—Ese tipo está obsesionado contigo, comentó Fabricio un poco calmado ya.

—¿Tú crees, chamo?

—Enamoradito empedernido, eres su obsesión, pues, respondió burlón el leal y buen amigo Fabricio.

—¡Coño, no me cagues, vale!

—¡Mosca, entonces!... Por suerte vine a visitarte y estaba en el baño. Relájate. Ahora a lo que vine: Supe que los delincuentes que te hicieron esa cochinado están presos. Son nuestros propios compañeros de la universidad.

—Sí, ya están a la orden de Fiscalía y esperando juicio.

—Es desconcertante que Humberto y su combo fueran una banda organizada, que hayan violado y asesinado a Leonel, a Paola y a tantos otros.

—Pero falta que caiga el jefe de la banda. El comisario Velandro y su equipo están trabajando en eso, y en cualquier momento podrán arrestarlo.

—¡Qué arrecho!...

—Nojoda, arrecho es que a uno lo cojan a juro tres hijos de puta.

—¡Pobre culito!, dijo con sorna Fabricio.

—Tú lo dirás en juego, pero tengo hasta las hemorroides afuera. ¡Mínimo en un año, ni el papel por ahí!

—Arrecha la marica, de a tresss... ja, ja, ja.

En medio de la desgracia, como tantas veces habían hecho, rieron animadamente, como cuando Daniel le confesó a Fabricio su inclinación sexual.

Aurora y Andreina hablaban en la universidad...

—Pude leer las noticias y fue un hecho macabro lo que le hicieron a Daniel, comentó Aurora con aires de tristeza y preocupación.

—¿Te condues de él cuando te quitó a tu novio?, replicó Andreina.

—De verdad, que tengo mis dudas.

—¡Ay, Aurora, estás flaqueando!

—Es que me di cuenta de que mi amor por Fabricio es superior a las suposiciones de gente cizañera como tú, sentenció mirándola directo a los ojos.

—Me dejas en un bloque, comentó Andreina, luego de quedar callada durante unos segundos. Menos mal que eres mi amiga, Aurora.

—Tú no eres amiga de nadie; por tu culpa le hicieron esa cochinada a Daniel, explotó Aurora.

—Está bien, Lupita Ferrer. Sabes, rescata a tu amor y jueguen al trío con el maricón de Daniel.

Diciendo esto, Andreina mostró mucho enojo e intentó levantarse, pero Aurora la frenó.

—Eres deprimente, Andreina.

Ambas se fueron, cada una por su lado...

La comisaría estaba ubicada en un vetusto edificio de la década de los cincuenta, con paredes manchadas, un piso rústico que tronaba a cada paso, y un penetrante olor a desinfectante de mala calidad. En la oficina principal se encontraban, entre otros, los encargados de investigar los asesinatos de miembros de la comuni-

dad LGBT, Rojas y Febres, que escoltaban a Velandro. Rojas, muy tenso, explicaba a los demás:

—No quieren revelar el nombre del autor intelectual de los asesinatos. Lo encubren. Debe ser alguien con mucho dinero.

—Esa rata retorcida debe estar bien blindada, señaló Febres, aclarándose la garganta. Resguardada y alerta porque este caso está en todos los medios de comunicación, agregó.

—Debemos insistir en los interrogatorios a esos maleantes, interrumpió Velandro, quien como hombre de acción, se basaba menos en lo que decían los medios, que en lo que encontraba en sus pesquisas. Hay que ser severos, y hacer que suelten prenda. Nos tienen que decir quién es El Grande. ¿Por cierto, y Rubén Palacios?

—Continúa en enfermería, respondió Febres.

—Si mi olfato sabueso no me falla, dijo Velandro, ese será más fácil de manipular para sacarle del mismísimo estómago toda la verdad. Tráelo, Rojas.

Ante la orden, Rojas salió de inmediato y los demás salieron detrás de él, ante la mirada segura de su comisario.

Ana María hablaba en la cocina de su casa con sus padres, mientras toman café. Los ha enterado de las noticias, aunque omitiendo algunos detalles.

—Sí, esos delincuentes están presos, les dijo.

—Hiciste mal en ocultarme lo que había pasado con mi nieto, reclamó Mario, sorbiendo café.

—Viejo, entiende que Ana María lo hizo para no preocuparte, hay que cuidar de tu salud, acotó Teresa para luego agregar: Recuerda lo de tu tensión...

Daniel entró con muletas a la cocina. Su mirada era alegre, a pesar de su condición, y al verlos gritó:

—¡Familia!

—Nieto, cuánto lamentamos eso tan feo que te pasó, expresó de inmediato Teresa.

—Abuela, ese es un tema clausurado en esta casa, dijo Daniel, mirando a su mamá de reojo.

—Nosotros los Luján no tenemos memoria para recordar los momentos malos, ni para que nos hagan recordarlos, dijo Mario con acento de orgullo.

—Familia unida... entonó Ana María con entusiasmo, a lo que todos respondieron:

—¡Jamás será vencida!

Pablo estaba en la barra del bar del Country Club. Tomaba un whisky y meditaba en lo que estaba pasando. Pensaba en voz alta, como si hablara a su vaso:

—¿Qué va a pasar con tu vida, si dentro de poquito te vas a casar con una mujer que hasta hace nada amabas, y ahora te es tan lejana?

Se le acercó un joven de aproximadamente veinticinco años, y le dijo sin más ni menos:

—¡Bonita noche!...

—Sí, muy bonita noche, respondió Pablo con ojos iluminados, pero dejando traslucir una sombra de tristeza, de duda...

Al siguiente día, apenas asomándose la aurora, Pablo despertó en su apartamento. Del otro lado de la cama estaba el hombre con quien habló la noche anterior, llamado Ronald, según le dijo.

Pablo, adormilado, y con la resaca en su apogeo, le precisó:

—Quiero aclararte que fueron cosas de tragos...

—Yo no quería pero usted insistió, se excusó Ronald mientras se vestía.

—Si te he visto no me acuerdo. Te agradezco que termines de vestirte y te largues de mi casa.

Segundos después sonó el timbre. Pablo, nervioso, apuró a Ronald para que se vistiera y él hizo lo mismo. Luego, con desasosiego, le advirtió:

—No vayas a meter la pata; seguro es la gente del condominio. Actúa natural, por favor.

Ronald fue quien abrió la puerta, y al hacerlo, apareció Daniel. Pablo, sorprendido, solo atinó a exclamar:

—¿Tú?

—¡Yo!, respondió Daniel con ironía.

—¡No te esperaba!, es todo lo que se le ocurrió decir a Pablo, evadiendo la mirada.

—Ya me estaba marchando, dijo apresurado Ronald, y traspasando el umbral, cerró la puerta con cuidado. Pablo y Daniel quedaron solos, y este último, mirando el desorden, preguntó:

—¿El de turno?

—¿El muchacho? No, no. Es mi sobrino, respondió Pablo con la garganta seca.

—Ya veo que estás acostumbrado a llevar a la cama a jóvenes sin importarte nada, le reprochó Daniel, con voz de enojo.

—Estás equivocado, Daniel.

—¡Te descubrí, bisexual de mierda! ¡Te quité la careta! Ahora voy a decirte a lo que vine: Detén el absurdo matrimonio con mi mamá, o me veré obligado a contarle toda la verdad.

—¡No te atreverías!, exclamó mientras lo miraba a los ojos.

—Antes no, porque me había comido el cuento de que yo era tu primera vez, y creí en tu falsa confusión de esa noche. Me sentí corresponsable de una culpa que no existe, porque tú eres un promiscuo hijo de perra. ¡Basura!

—Pero enamorado de ti...

—¡Hipócrita! Te exijo que suspendas ese absurdo matrimonio. Déjanos en paz, coño e' tu madre.

—¡Lo siento, pero el matrimonio va, mi querido hijastro! Pablo imprimió a sus palabras un halo de seguridad y un tono seco, desafiante.

—¿Sabes?, por un momento en mi mente me pregunté si estabas llegando a mis sentimientos. ¡Qué equivocación iba a cometer! Eres un símbolo de destrucción, le enrostró Daniel con voz de frustración y disgusto.

—¡Vete al diablo!, carajito...

—La vida no te va a alcanzar para que pagues todas las vergas que has hecho... ¡rata asquerosa!

—¡Infeliz!, le gritó arrogante Pablo esbozando una obligada sonrisa, mientras Daniel batía con fuerza la puerta al marcharse.

Fabricio se ejercitaba en el gimnasio Los Palos Grandes, pues es su forma de aclarar los pensamientos. Pero esta vez, Aurora lo interrumpió.

—¿Será que podemos hablar?

—¿Hablar?, preguntó a su vez Fabricio, mientras se limpiaba el sudor de la nuca.

—Te prometo que no me voy a exaltar...

—Aurora, no sé si deba hablar contigo.

—¡Por favor!

—Está bien, vamos a la fuente de sodas.

Ya sentados, sin ánimo alguno y evitando mirar directamente a los ojos de Aurora, Fabricio le dijo:

—Bien, dime. Soy todo oídos.

—No sé cómo empezar...

—Si algo te caracteriza es tu espontaneidad al difamar a la gente. Suelta ya lo que tengas que decir.

—Supe lo que le pasó a Daniel y créeme que lo siento mucho. ¡Daniel es nuestro amigo de tantos años!, dijo Aurora suspirando.

—Y lo ofendiste, y no solo ofendiste nuestra amistad, sino que ofendiste nuestra relación.

—Fui una tonta, reconoció llorosa.

—Las palabras hieren, Aurora. Daniel ha sido como mi hermano y si juega para el otro equipo, ese es su asunto, porque entre Daniel y yo existe respeto; y si decidí callar su secreto es porque no me pertenecía decirlo, y yo soy leal.

—¿Cómo hago para enmendar mi error?

—No lo sé. Búscalo. Intenta hablarle, pero no me preguntes cómo hacerlo. Tú solita te hiciste una película,

entonces tú solita ponle punto final a tu melodrama.
¿No te digo yo?! ¡Yo, pareja de mi hermano Daniel!

—Debo hacerlo. Tengo que hacerlo, Daniel ha sido clave en nuestra relación, y no puedo permitirme perder su amistad.

—Rectificar es tu deber.

—¿Y nosotros?, preguntó casi suplicante Aurora.

—El “nosotros” depende de ti...

—¡Perdóname, mi amor!

—Creo en acciones. Yo no soy Dios para perdonar. Revísate y luego cuando aprendas a controlar tus celos, regresas.

—Te voy a demostrar que reflexioné y deseo cambiar para rescatar nuestro amor. ¡Te amo, Fabricio Cabrices!

Le dio un suave beso en la boca, se levantó y marchó. Fabricio quedó saboreando sus labios, mientras pensaba si regresar a ejercitarse o irse. Decidió, al final, volver a los ejercicios.

La casa de los Luján tiene las paredes de la sala pintadas de blanco, color que representa entre otras cosas, la pureza y la paz. Las lámparas modernas son un reflejo de innovación, y el mármol de los pisos proporciona confort a quienes caminan cotidianamente por el lugar.

Daniel escuchaba baladas cuando tocaron a la puerta. Era Gregorio, y luego del correspondiente saludo de horas, Daniel le informó:

—Mi madre no se encuentra...

—¿Puedo pasar? preguntó Gregorio, como si saber que Ana no estaba, fuera buena noticia.

—¡Claro! Pase y siéntese. Usted dirá...

—Lo sé todo, soltó sin rodeos el visitante. Al instante, Daniel calló, pero luego dijo con voz baja, serena, sosegada:

—No entiendo qué es lo que sabe, lo que desea decirme...

—Uno de los días que estuviste convaleciente en el hospital, entré a tu habitación en el preciso momento en que Pablo te besaba, mientras tú permanecías dormido.

—¿Cómo? La respiración de Daniel se agitó, sus latidos aumentaron la velocidad y un escalofrío empezó a recorrerlo bajando desde la cabeza...

—Disculpa que me entrometa en tu vida privada, pero aquí el tema es tu mamá.

—Mire, señor Gregorio, a lo mejor le sorprendió haber visto esa escena asquerosa, pero las apariencias engañan.

—No quiero relatos. Es solo que conocer la vida paralela de un amigo y socio del bufete, fue un bombazo para mí.

—Como verá, soy gay y lo que sucedió entre ese señor y yo fue un accidente, dijo altivo Daniel. Lo demás es ver la otra cara de la moneda. Pablo Rigores es un farsante. Ya hablé con él; le pedí que desistiera de casarse con mi madre.

—Quien puede impedirlo eres tú. ¡Hazlo! Mi esposa es la mejor amiga de tu mamá, y se preocuparía al enterarse de esta situación tan anormal.

—Gracias, señor Gregorio.

Daniel se quedó pensando en lo que dijo el visitante, sintiendo una rara combinación de felicidad, vergüenza y miedo. Sin duda, era su responsabilidad aclarar las cosas. De nuevo, su elección era problema de todos...

En la comisaría, Velandro recibía en su oficina a Rojas: —¿Cómo va la investigación en el caso de la banda de El Grande?

Rojas alzó la mano, como si fuera a anunciar algo importante:

—Precisamente a eso venía. Le tengo buenas noticias: Rubén Palacios decidió confesar y pidió hablar con usted.

Los oficiales salieron del cubículo, y mientras recorrían el largo pasillo que lleva a otras áreas, los demás iban y venían indiferentes por todo el lugar, pendiente cada quien de sus responsabilidades. Las comisarías guardan detalles de historias que apenas llegan a conocer los demás, la gente común.

Pablo despertó en su apartamento, ocupando la cama cuya estructura está hecha de madera resistente. Tuvo una pesadilla: un adolescente de diecisiete años, durante una fiesta fue abusado por unos amigos. Entre bebida y bebida, el joven se hizo vulnerable y los demás, para probar su hombría, abusaron de él.

Pablo estaba sobresaltado, sudoroso y pálido, mientras trataba de recordar detalles del mal sueño. Deci-

dió activarse, y pensó: “Esos demonios no me dejan la vida en paz”. Se levantó, vistió y se echó agua en el rostro, intentando olvidar los recuerdos que tanto lo atormentaban.

En el lujoso y confortable apartamento de los Blanco, platicaban Mariana y Gregorio. Este, con el rostro desencajado, ido, permanecía moviendo cajas, revisando papeles, documentos... Extrañada, Mariana le preguntó:

—¿Y este poco de cajas?

—Montones de historias contenidas en libros y veinte años de sociedad, respondió sin inmutarse Gregorio, nostálgico y dolido.

—¿De qué hablas?... Desde hace días te noto extraño.

—Mariana, ¡siéntate por favor! Hay algo que he estado por decirte y no he sabido cómo hacerlo.

—¿Qué ocurre, Gregorio? ¡Mira que me preocupas!, dijo al tiempo que se sentaba en un sillón.

—Es acerca de Pablo, suspiró Gregorio.

—¡Lleno de felicidad!, pues en pocos días se casa con mi amiga Ana María, puntualizó Mariana, ingenua y distraída.

—¡Matrimonio que no debe realizarse!

—¿Por qué no deben casarse, Gregorio? No me digas que tu socio tiene otra, señaló Mariana entre divertida y preocupada.

—Primero que todo, debo decirte que ya él no es mi socio.

—¡Ah, es que se pelearon ustedes!, intentó explicarse a sí misma, y justificar la tensión que nota en su esposo.

—No fue cualquier pelea... Rompimos la sociedad.

—¿Pero motivado a qué? ¡Son veinte años de sociedad y una buena amistad de por medio!

—Créeme que no quiero sonar melodramático, pero me dolió mucho enterarme de la verdadera vida de Pablo.

—Dame detalles, exigió Mariana, ahora sí preocupada. ¡Debe ser muy grave! Además, no entiendo qué tiene que ver la ruptura de la sociedad, con el hecho de que mi amiga no deba casarse con tu amigo.

—Él engaña a Ana María con otra persona...

—¿Y quién es esa tipa roba maridos? ¡Debe ser una gran sinvergüenza!, con toda seguridad.

—No se trata de una mujer... sino de un hombre.

Un silencio lúgubre se posicionó entre ellos, hasta que Mariana decidió preguntar:

—¿Cooooómo?

—¡Pablo es bisexual!

—¡Nooo!, dijo asombrada la mujer.

—Y eso no es todo, Mariana...

—¿Qué más puede sorprenderme que saber a Pablo bisexual?

—Su amante es...

—Termina de hablar, por favor, deja el misterio.

—Daniel, el hijo de Ana María.

De nuevo el silencio se apoderó del lugar, y fue propagándose como humo por todo el ambiente. Gregorio volvió a su faena y Mariana fue a la cocina a prepararse un té. De solo pensar que una amistad de tantos años nunca pudo ser real, al triste Gregorio se le revuelve el estómago.

Daniel estaba en la Universidad Central de Venezuela, revisando unos libros. Entró Aurora, y con vergüenza hasta en la mirada, le dijo apacible:

—¿Será que me permites unos minutos?

—¿Para darme tu acostumbrado concierto de ofensas? Déjame decirte que ya estoy como cansado, Aurora. Se levantó y simuló recoger los libros, mientras en su mirada se apreciaba rencor. Aurora lo detuvo extendiendo con delicadeza su brazo derecho.

—¡Chico, es un concierto de disculpas lo que quiero darte!

—¿Te retractas tan de noche, Aurora?

—No debí, fui una cretina. Su voz comenzó a quebrarse, pero continuó: Tú eres mi pana, Daniel. Por ti conocí a Fabricio y a última hora la vine a embarrar tan feo. ¡Fui una estúpida!

—Me dolió..., precisó Daniel sin mirarla.

—Tú me conoces. Soy muy impulsiva, prepotente, arrogante... pero te quiero, amigo. Me equivoqué contigo por el hecho de que seas... No encuentro las palabras; siempre me es difícil encontrarlas cuando estoy disculpándome, pues estas pueden tener un efecto opuesto.

—Dilo: ho-mo-se-xual, le inculcó Daniel, resaltando esta palabra con una mirada que hizo sentir a Aurora disculpada, pero ahora más avergonzada.

—Bueno, eso Daniel. Perdóname, por favor.

—Tranquila, no ha sucedido nada. Pasemos la página... Daniel en ese momento era un mar de incertidumbres, intentando ahogar la emoción que daba vueltas en su pecho. No sabía qué hacer. ¿Abrazarla? ¿Irse y

dejarla? ¿Tratarla como si de verdad no hubiera pasado nada? ¿Invitarle un refresco o un café?

Por fortuna, Aurora le ayudó a despejar sus dudas.

—Me arrepiento de corazón, le dijo con ojos agudados y tono conciliador.

—Bueno, te percibo sincera, así que...venga para acá. ¡Dame un abrazo, Aurora!

—¡Gracias, vale! le dijo ella, ahogada en llanto.

En ese preciso momento Fabricio entró buscando a Daniel, y pudo verlos abrazados. Su sonrisa fue de satisfacción, estrepitosa, casi como carcajada, al punto que los recién reconciliados amigos, voltearon para verle. Los tres se abrazaron emocionados, y al igual que en muchas anteriores ocasiones, se sentaron a conversar.

La comisaría, como casi todas, tiene un cuarto especial para interrogar a los indiciados, cuando estos en un primer momento no quieren cooperar con la investigación. El sitio es oscuro, húmedo, con una lámpara que después de un rato, provoca jaqueca.

Rubén está esposado en una silla, mientras Velandro y el detective Rojas le hablan.

—¿Entonces nos darás el nombre del jefe de la banda?

—Voy a colaborar comisario, dijo calmado. Total, El Grande como que se piró.

—Le voy a dar la dirección de la guarida, lo demás es cuestión de ustedes; yo mismo no lo conozco. Armen su rompecabezas, los retó Rubén, hinchando su pecho.

Velandro, aplomado y circunspecto, le espetó sin ningún resquicio de consideración:

—¡Eres una basura!

Diciéndole esto, caminó hacia él y se colocó a sus espaldas para propinarle con su arma reglamentaria un certero golpe en la cabeza, que abrió una herida por la que de inmediato comenzó a brotar sangre. Velandro limpió la pistola con fastidio, y aunque Rubén se quejaba, alzó la cabeza. Entonces Rojas se le acercó más, y lo golpeó también, sin compasión.

Minutos más tarde, Velandro estaba en la oficina principal de la comisaría dando órdenes. Ya se había cambiado la camisa y lavado sus fuertes manos.

—Rojas, Febres y Perdomo... esta es la dirección de la guarida de El Grande. Vayan con refuerzos y peinen la zona.

Las patrullas los esperaban. Las sirenas rompieron la monotonía del ambiente. Apenas algunos peatones observaban a los oficiales, acostumbrados ya al ulular de las sirenas. Velandro, sentado tras el conductor de la patrulla que va al frente, pensaba acomodándose cada segundo el cuello de la camisa.

Haciendo anotaciones y leyendo un libro en el jardín de su casa, Daniel disfrutaba de un momento de relax entre las rosas y demás flores, bajo un árbol de Araguaney que ambientaba y refrescaba el lugar. En el recibidor, Ana María abrió la puerta a Mauro, quien entró exhibiendo una mirada nerviosa. Ella hizo una mueca al verlo, y le preguntó:

—¿Qué parte no entendiste de que no quiero que visites mi casa?

—Vine a despedirme de Daniel, dijo humilde.

—¡Y ojalá para nunca más volver, Mauro!

—No me soportas, es obvio. Hice la tarea mal, expresó compungido.

—¡Malísima! Por poco a tu hijo lo matan, y tu cuota de responsabilidad es altísima.

—Mejor dime dónde está, requirió Mauro perturbado mientras miraba por encima del hombro de la mujer, buscando al muchacho dentro de la casa.

—Está ahora mismo en el jardín, le informó Ana.

El hombre llegó al jardín y se acercó a Daniel por sus espaldas. Esto le permitió observar colocado en la mesa, un libro titulado *Sexo entre homosexuales*. Su reacción agresiva no se hizo esperar, e *ipso facto* le gritó:

—¿Tú me puedes explicar qué vaina es esta?

—¡Un momento!, respondió Daniel molesto. ¡Me bajas el tono de voz!

—¿Qué es esta mariguera?, repreguntó Mauro aún más molesto intentando tomar el libro, pero Daniel, levantándose, se lo impidió. Al escuchar el alboroto, Ana María entró al jardín y exaltada preguntó:

—¿Y cuáles son los gritos?

—Que tu hijo está leyendo esta vaina sobre depravados sexuales y toda su morbosa mariconería, respondió Mauro subiéndolo aún más el tono de voz, sin dejar de mirar a Daniel.

—¿Y? ¿Se te olvida que Daniel está estudiando Comunicación Social, y que todos los temas le conciernen porque para eso es el periodismo?

—Tú no tienes que rendirle cuentas a él de los libros que me dé la gana leer, intervino Daniel dirigiendo la mirada a su mamá.

—¡Chico, yo te noto raro, extraño!, expresó con un dejo de frustración Mauro, mirando de frente a su hijo. Mira Daniel Contreras, en mi mente no concibo lo que estoy imaginando que pasa contigo, chamo, agregé.

—Imagínate lo que te dé la gana, precisó Daniel. Después de todo, la imaginación es libre...

—¡Coño, me dolería un mundo tener a un hijo mío en esas cochinadas!

—Aquí el papá de las cochinadas eres tú. No seas inmoral, le recriminó Daniel con voz firme.

—¡Termina de matarme, Daniel! Dime en mi cara que eres lo que estoy pensando que eres...

—Sí, sí, sí, gritó Daniel fuera de control, y Ana María en total silencio, bajó la mirada. ¡Soy gay! ¿Y qué hay con eso?

—¿O sea, que te gozaste a los tres tipos que supuestamente te violaron? preguntó Mauro, lleno de rabia.

—¡Largo de esta casa, basura! Acto seguido, Daniel ya desquiciado, le propinó un golpe en la boca con su puño cerrado al ofensivo padre.

—¡Claro que me voy!, y da por seguro que no vuelvo más, balbuceó mientras escupía sangre. A mí no me van a señalar por la calle diciéndome: “Ahí va Mauro Contreras, tan macho él, y tan marica el hijo”. ¡Esa no me la calo! ¡Ponte una falda y unos zarcillos entonces, si eres tan gay como dices!

Tras estas palabras, se marchó fúrico. Ana María, que había permanecido en silencio, inmóvil, como estatua de sal, se acercó a su hijo y le dijo:

—¡Tranquilo, mi amor!...

—No te preocupes, mamá. Estoy curado y debemos darle gracias a Dios, porque el cáncer de mi padre ya no hará metástasis en nuestra paz hogareña.

Se abrazaron con ternura, y Ana María le hizo saber lo orgullosa que estaba de él, y la pena que sentía por su exmarido.

Aurora estaba sentada en un banco del Parque del Este. Los frondosos árboles brindaban su acogedora sombra a los paseantes y a quienes, como ella, esperaban. En el zoológico que se encuentra dentro del parque, los visitantes admiraban algunas especies que están en vías de extinción. Aurora recordó con agrado los días en que su padre la traía hace mucho tiempo, cuando era niña. Le gustaba admirar a los animales, mientras su papá le explicaba las causas por las que algunas especies desaparecían.

Ahora, ella veía admirada aquel atrayente espacio. Esperaba por Fabricio, quien la citó para verse allí. Lo esperaba pacientemente, pero no tenía la certeza de que llegaría. Tal vez, con justa razón, se había arrepentido de perdonarla. Su corazón latía con tristeza, y ante la incertidumbre, se mordía las uñas. Miraba a los paseantes, a las familias, a los caminantes deportivos y hasta a los burócratas, que buscaban una refrescante sombra para dilapidar su ocio.

Ya eran las dos de la tarde. Cada segundo transcurrido había mirado el reloj, pues la cita era a la una y media.

Seguro que ya no iría, pensó al decidir levantarse, pero de nuevo se sentó, volteando a mirar a todos lados. A punto de irse con el corazón hecho añicos, a su derecha vio correr a Fabricio con unos globos en la mano. —¡Fabricio! exclamó emocionada, con sus ojos a punto de romper el dique.

— Estos globos son para ti...

—Esto es...

—¡Esto es que te amo con mayúsculas sostenidas! Esto es construir nuestro hoy, nuestro ya, y también nuestro mañana, sin más postergaciones, mi amor.

—Quiero ser una mejor persona y que mis acciones hablen más que mil palabras, Fabricio.

—¡Te amo, loquita impulsiva!

—Están bellos los globos, le dijo Aurora secándose las lágrimas y abrazándolo luego de mirarlos detalladamente.

—¡Bellos son tus ojos gritando que me aman!

—Y mi boca también te grita: ¡Te amo, te amo!

—En uno de estos globos se encuentra una propuesta importante para nuestras vidas.

—¿En cuál, mi amor?

—Explótalos y encontrarás una respuesta a lo nuestro. Aurora comenzó a reventar uno a uno los globos, y precisamente en el último, encontró un anillo.

—¡No puede ser! Me estás proponiendo...

—¡Matrimonio! Sí, quiero que te cases conmigo, le dijo con tono romántico mientras le colocaba la pequeña joya en su dedo anular derecho.

—Mi respuesta es sí, mi amor. ¡Sí quiero casarme contigo!

Se abrazaron y besaron ardientemente. Algunos paseantes fueron testigos gratos de la escena, otros - los más - miraron indiferentes, sin emoción alguna, a la feliz pareja.

Pablo se encontraba en su apartamento de soltero pensando en su futuro, recostado en la cama, mirando al techo. Tocarón el timbre. Se incorporó y abrió la puerta. Era Gregorio. No pudo evitar hacer un ademán de sorpresa, ante el ceño fruncido del visitante.

—¿Tú?, preguntó sorprendido.

—¡Quiero exigirte que dejes a Ana María en paz! dijo Gregorio cortante y seguro, mientras pasaba sin esperar a ser invitado.

—Mira Gregorio, me calé un buen coñazo tuyo, pero de mi vida con Ana María me encargo yo, ¿entiendes?

—¿Tu vida?

—Sí, mi vida... Llámala como la quieras llamar, pero es mi vida.

—Ana María es una mujer íntegra, brillante e incomparable, sentenció Gregorio, mirándolo con altivez a los ojos. No se merece lo que tú le estás haciendo. Esa mujer está derretida de amor por ti.

—¡Y yo derretido por ella!

—¿Acostándote con su hijo?

—¡Eso no es asunto tuyo! ¡Y te pido que bajes la voz, por favor!

—¡Qué equivocado estuve durante más de veinte años contigo!

—¿Terminaste?, preguntó Pablo con tranquila voz.

—¡Que el diablo te escupa el culo!, le lanzó Gregorio mientras se acercaba a la puerta para irse.

Pablo de nuevo se dirigió a su cuarto, y se recostó para seguir mirando al techo. Meditaba sobre el amor sentido por Ana María, pero también pensaba en Daniel...

Sobre la avenida Francisco de Miranda, a la altura del distribuidor de Altamira, transitaba una marcha de la comunidad gay, en protesta por los asesinatos de cinco de sus miembros. Exigían castigo para los asesinos y se dirigían al Palacio de Justicia. Encabezando la marcha, iba Daniel con un bastón de apoyo.

Mientras, en casa de los abuelos Luján, en la sala de estar, se encontraban Teresa y Mario, viendo un programa de televisión. De pronto, un extra informativo interrumpió la programación habitual:

—Estamos en vivo y directo desde el distribuidor Altamira, donde el colectivo LGBT está marchando, en protesta por las cinco muertes violentas de jóvenes de su comunidad. Aquí nos encontramos con un manifestante, quien desea expresar su descontento ante tal situación.

—¡Adelante! ¿Su nombre? pregunta el reportero, mientras acerca el micrófono a quien encabeza la marcha.

—Mi nombre es Daniel Contreras y pertenezco a la comunidad sexodiversa...

Los abuelos, lánguidos, ven que se trata de su nieto, y Mario, sacando fuerzas de donde ya no tenía para darle reciedumbre a su sorpresa, gritó enajenado:

—Teresa, ¿qué carajo es eso?

—Viejo... ¿qué tienes?

—¡Mi nieto en la televisión dice ser homosexual!

Daniel continuaba con sus declaraciones:

—Estoy marchando en repudio de estos hechos aberrantes; yo también he sido víctima de la intolerancia y el odio del que somos objeto.

El reportero terminó la entrevista remarcando la importancia de la marcha, y luego mandó al estudio de nuevo. Los abuelos confundidos aún, permanecieron en silencio algunos segundos. Teresa no soportó más:

—¡No me lo esperaba, Mario!

—Yo lo sospechaba. Es que siempre anda en sus grupitos con mujeres, decorando tortas y recibiendo esa sobreprotección de Ana María. ¡A los hombres se le debe tratar como hombres, coño!

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Matarlo? Chico, sigue siendo nuestro nieto, nuestra sangre.

—Eso también es verdad, dijo Mario resignado. Lo cierto es que no me extrañó saber eso de mi nieto. Mi intuición no me falló, vieja...

—¿Qué opinas?

—Nunca me imaginé decir esto, ¡y eso que soy criado por un llanero! Vergas como esta son imperdonables, pero es su decisión.

—¿De verdad piensas así, Mario Luján?

—No hay de otra, Teresa. Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza. ¿Entonces para qué luchar contra la corriente? ¡Al nieto le gustan los machitos, pues!, terminó diciendo en voz baja, como hablando consigo mismo.

—Es que me parece insólito oírte hablar así, dijo sorprendida Teresa, como tratando a la vez de auscultar los verdaderos pensamientos de su esposo. ¡Tú que eres casi de la época del General Gómez!

—Conste que estoy respetando la decisión de Daniel, pero no la comparto. Teresa, cuatro bolas juntas son feas, vieja.

—Tú y tus cosas, viejo, añadió la mujer sonriendo, pero nerviosa. ¿Y Ana María sabrá de su sexo-diversidad?

—¡Por supuesto, Teresa. Ana María lo parió y está clarita de lo que parió!

—¿Tú no querrás una pastillita para tu tensión? preguntó Teresa a su esposo, levantándose a buscar un vaso de agua; pero más por estirar las piernas y sin saber qué otra cosa hacer.

—Si no me morí al saber la noticia bomba de Daniel por televisión, te aseguro que ni se me va a subir la tensión, y mucho menos me voy a morir ahorita.

Se miraron al callar ambos, y ya conformes, una leve sonrisa se asomó.

En los calabozos de la comisaría de El Paraíso, Humberto permanecía encerrado. Sorpresivamente, un hombre con bastón lo visitó. Era Daniel, quien sin mostrar signos de rencor alguno, lo saludó...

—¡Humbertico!

—¿Qué haces aquí?, preguntó Humberto, lleno de ira.

—Soy el almanaque que te recordará los días, meses y años que permanezcas aquí por violador y asesino.

—¡Largo de aquí!...

—Así que de homofóbico no tenías nada... sino el marico frustrado que llevas dentro.

—¿Yo mariquito?, preguntó ofendido.

—¡Mariquito porque vales menos que una prepago!

—Te voy a hacer tragar tus palabras... expresó furioso, encimándose a los barrotes y asiéndolos fuertemente con sus mugrientas manos.

—¡Eso será cuando estés mascando el agua!, porque ni volviendo a nacer lograrías restarle días a tu encierro.

—¡Vete!

—¡Un marico, pero bien frustrado! ¿Sabes?, yo disfruto el placer del sexo, con entrega correspondida. En cambio, tú debes someter a tus víctimas forzándolas. ¡Violador! Daniel lanzó a viva voz esta última palabra, como si quisiera quemar las carnes de Humberto.

—¡Oficial, oficial!, gritó el detenido.

—¡Ya, marica loca! Pareces la propia loquita histérica. ¡Chao!, y cuídate ese culito, te lo van a dejar más abierto que el Boquerón 2 de La Guaira.

Ana María estaba en su alcoba mirándose en el espejo de la peinadora. Hablaba a su propia imagen, con aires de satisfacción.

—¡Tu segundo intento, Ana María Luján! ¡Mañana te casas con un hombre maravilloso! ¡Te amo!... Pablo Rigores. La imagen en la peinadora parecía reír satisfecha...

Mauro caminaba por el pasillo del avión que lo llevaría de vuelta a México, buscando su puesto. Cuando

al fin lo encontró, se topó con una interesante sorpresa: su compañera de asiento era una linda y exuberante morena, ataviada con una falda que dejaba ver unas hermosas piernas. Mauro, permanente ave de caza, la observó y de inmediato le habló:

—¡Hermosa, esto va a ser un vuelo inolvidable para mí!

—¡Qué galante es usted! respondió complacida la bella mujer con una voz particularmente grave.

Con coquetería, descubrió un poco más sus piernas. Él la observó ávido, seguro de que su nueva presa caería.

—Voy de regreso a Ciudad de México, donde tengo algunos negocios, dijo presuntuoso.

—Caramba, un empresario guapo como compañero de vuelo. ¡Qué suerte tengo! Mucho gusto, me llamo Cintia.

—Soy Mauro, y déjame decirte que aquí el afortunado soy yo, le dijo galante, mientras estrechaba la mano extendida de la mujer, acariciándola con delicadeza y evidente lascivia. Tu piel suave huele a frutas, le aseguró al cabo de unos segundos.

—¡Y ni te imaginas su sabor!, dijo a su vez la morena, pícara y risueña.

—Pues me encantaría saberlo, respondió con premura Mauro, absolutamente excitado y deseando que pasaran de inmediato las horas para llegar a su destino.

—¡Puede ser! ¿Qué propones hacer cuando lleguemos a México?

Mauro se mojó los labios pensando en esa morena, dispuesta en su cama. No podía creer su suerte, sobre todo después de lo vivido en Caracas con el “mari-

quito” de su hijo; pero ignorando por completo algo muy importante: el verdadero nombre de Cintia, es Roberto José Sosa.

En las cercanías del pueblito Santa Lucía del Tuy se encuentra una cabaña abandonada. Los cuerpos policiales tomaron el sitio, entrando al lugar Velandro, Rojas, Febres y Mendoza, pistola en mano.

En la deteriorada cabaña había más de veinte velas encendidas, y muchas fotografías de víctimas asesinadas. Los retratos eran de jóvenes desnudos, y sus cabezas estaban rodeadas de alfileres. Velandro expresó con su voz grave:

—Pareciera un ritual. Quien sea, es un desquiciado mental...

—Mire, aquí está la fotografía de Daniel Contreras, señaló Rojas, indicando con su pie un lugar en el suelo.

—Y aquí las fotografías más recientes de Leonel Mendoza y Sebastián Bracho, alias Paola, agregó Febres.

—Recojan todas las evidencias, ordenó tajante Velandro.

—Comisario, acá hay una foto de una mujer, dijo Mendoza, guardando su arma y señalando una fotografía.

—Es de Ana María Luján, lo que significa que el asesino va a atacar de nuevo, comentó Velandro, mientras los investigadores se miraban entre sí, listos para acatar las órdenes de su superior.

—Daniel Contreras nos comentó que hoy es el matrimonio de su mamá, informó preocupado Febres.

—¡Vamos muchachos, esa familia está en peligro! dijo Velandro mientras se retiraban del lugar.

En la enfermería del centro penitenciario se encontraba hospitalizado aún Rubén, el maleante y cómplice de la banda de El Grande, confesándole al detective Rojas:

—El tipo es un abogado famoso...

—¡Estoy perdiendo la paciencia, pedazo de estiércol! ¿Quién es? ¡Quiero un nombre!

Rubén habló a lo bajo al detective, quien abrió los ojos y repitió el nombre que el malhechor le dijo. Salió apurado, llamando a Velandro por radio.

Mientras, en la cárcel, Humberto meditaba. Sucio, barbado y con los ojos enrojecidos por el mal dormir, sabiendo que todo se aclararía, pero no para su bien.

Al fin el día de la boda de Pablo y Ana María llegó. En el jardín de la casa de los Luján estaban las mesas dispuestas en herradura para los invitados, vestidas con manteles color tierra, para hacer contraste con el verde que proporciona el jardín. Unos arreglos florales le daban un toque elegante y fresco al ambiente. Adentro, se había improvisado un bar, para que el mesonero contratado sirviera los tragos. Los invitados, en su mayoría, ya habían llegado, y estaban expectantes. Ana María, por su parte, estaba muy ansiosa y le señaló a Pablo:

—No entiendo por qué Gregorio y Mariana, nuestros amigos y testigos de la boda, no han llegado aún.

—Yo tampoco lo sé, dijo nervioso Pablo bajando la

mirada, vestido impecablemente con su traje negro. ¡Hoy es nuestra boda y quien no esté se lo pierde!, remató arrogante.

Fabricio, en el otro lado del jardín, hablaba con Daniel:

—¿Y tú no piensas impedir esto?

—¡Ya verás lo que aquí va a pasar! Quédate quieto y disfruta el show porque esto apenas va a comenzar, respondió Daniel sonriendo maliciosamente mientras sorbía un trago.

—¡Hija, llegó el juez! anunció Teresa, también hermosamente vestida.

—¡Mi amigo, el Juez Camilo Iglesias!, dijo solemne Pablo mientras se levantaba para recibirlo.

—¡Complacido de casarte, buen amigo! dijo el recién llegado, mientras abrazaba a Pablo. Aquí traje a los testigos, agregó.

La boda inició, y minutos después concluyó cuando los novios se besaron. Familiares y amigos celebraron el momento, abrazando a la feliz pareja.

En la cocina, Daniel tomaba un trago, cuando Pablo entró a decirle desafiante:

—Sabía que no tendrías bolas para echarle a perder la felicidad a tú mamá. ¡Ahora soy su marido legal!

—¡Ay, Pablito... tú de verdad no sabes el terreno que estás pisando!

Pablo, airado, lo tomó con las dos manos por el cuello.

—¡A mí me gustas tú, carajito!, y halándolo hacia su cuerpo, besó a Daniel a la fuerza, en el momento que entraba Ana María buscando una bebida.

—¡Pablo, Daniel! gritó dolida y confundida.

—¡Mamá, yo...! comenzó a decir Daniel, destrabando las manos de su cuello.

—Tu hijo y sus gestos de cariño... dijo a su vez Pablo, arreglándose el traje y pretendiendo parecer la víctima. Los dejo para que expliques a tu mamá tus arrebatos de celos, agregó finalmente antes de intentar salir.

—¡Mira, desgraciado, tú de aquí no te vas!, lo increpó Daniel.

—¿Qué pasa aquí?, preguntó aturdida la mujer. Yo los encontré besándose. ¡¿Qué carajo es esto?!

—Te lo voy a explicar rapidito, mi amor, respondió Pablo, notoriamente nervioso. Tu hijo se siente atraído por mí. Me confesó que está enamorado del marido de su mamá...

Daniel no aguantó más y golpeó en la cara a Pablo, quien fuera de sus cabales, le respondió con otro golpe que impactó en el rostro de su hijastro. Daniel se recuperó y trató de contraatacar con algún objeto contundente, pero Pablo se adelantó. Forcejearon, cayeron al suelo y junto a ellos, también cayeron sillas, platos y vasos. Ana María desesperada, gritó pidiendo ayuda.

A las afueras de la casa se escucharon sirenas de patrullas, mientras algunos invitados separaban a Daniel y a Pablo, que parecían leones furiosos peleando por el dominio de su territorio.

—¡Tu hora llegó, malparido! le gritó complacido Daniel separándose, pero Pablo arremetió de nuevo, y así llegaron a la sala, donde Ana María siguió siendo testigo de todo, sin saber qué hacer ni qué decir. Los invitados no entendían lo que ocurría, y se miraban entre ellos sorprendidos.

Mario abrió la puerta de la casa. Eran los oficiales comandados por Velandro, y al preguntarles qué deseaban, el detective jefe lo ignoró y entró directamente a la sala.

—¡Buenas noches!, disculpen la interrupción. Soy el Comisario Velandro de la Policía Nacional. Estoy buscando al ciudadano Pablo Antonio Rigores Robles.

—¡Se te acabó la farsa, hijo de puta! expresó satisfecho Daniel.

—¡Soy yo!, respondió Pablo al escuchar su nombre. ¿Qué pasa conmigo?

—Usted está detenido, como sospechoso de ser el autor intelectual de cinco casos de violación y asesinato, acontecidos entre marzo y septiembre del año en curso.

Algunos invitados que escucharon todo, fueron comunicando poco a poco a los demás lo que ocurría, hasta que el rumor se volvió escándalo. Ana María, pálida y a punto de desmayarse, miró a Pablo y a Daniel., antes de expresar:

—Mi marido... ¿un violador y asesino?

—¡Mi amor, esto es un error, soy inocente! pudo apenas pronunciar Pablo con voz entrecortada, mientras los oficiales lo esposaban con las manos al frente.

—Soy su víctima, intervino Daniel. Este monstruo me mandó a violar, mamá, dijo mirando a su madre.

—Tiene derecho a permanecer callado, cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra, y tiene derecho a un abogado, recitó Velandro antes de dirigir su mirada a la puerta de salida.

En ese instante, Pablo con un ágil movimiento logró sacar un arma que tenía dentro del paltó, y de inme-

diato apuntó a Daniel. Los invitados gritaron y Ana María parecía hipnotizada.

—¡Hoy te mueres, desgraciado!

Accionó el arma en el preciso momento en que Ana María se interponía entre ellos, y recibió el disparo justo en el pecho, para desplomarse muerta en el sitio. Pablo intentó disparar de nuevo a Daniel, pero los agentes dispararon antes, provocándole la muerte. Y así, en cuestión de segundos, una fiesta para celebrar el amor, se convirtió en tragedia.

—¡No, no, no! repetía Daniel mientras se acercaba al cuerpo inerte de su madre.

Paralelamente, los invitados gritaban tratando de salir corriendo de la casa.

Daniel, aturdido, fue apartado del cuerpo de su madre por los oficiales. Toda su vida pasó por su mente en ese momento. Teresa se desmayó y Mario tuvo que ser auxiliado por los pocos invitados que quedaban.

Ahora la casa estaba llena otra vez, pero de policías.

Las investigaciones de Velandro y su equipo continuaron hasta que pudieron atar todos los cabos sueltos. Rosaura, la antigua mujer de servicio de Pablo, fue llamada a declarar. Su aporte fue muy valioso y gracias a ella pudieron encontrar un viejo cuaderno, que hacía las veces de diario personal del abogado. En él se recogía información de la vida de Pablo desde muy joven, que ayudó a construir su perfil como criminal. El Comisario le comentó a un colega policía: “Según este diario personal, Pablo Rigores desde que era un niño, fue objeto de constantes abusos sexuales por

parte de su padre. En el diario se adjudica la muerte de este, lo que sin duda fue su primer crimen. Esto debió traumatizarlo, convirtiéndolo en un ser lleno de resentimiento y obvias contradicciones. Ya adulto y con prestigio y recursos, tuvo la habilidad para reclutar a Rubén, Humberto y Elio, y convertirse en una especie de violento culto homófobo. Mentía para sobrevivir y no levantar sospechas de sus verdaderos propósitos. Nunca existió ningún otro matrimonio. Todo en este pobre infeliz era irreal, excepto el dolor de sus heridas”.

Han pasado seis años de aquel trágico día. Los medios amarillistas hicieron del caso un recurrente cotilleo, distorsionando los hechos y exagerándolos hasta más no poder.

Las protestas de la comunidad LGBT se hicieron más frecuentes, y Daniel se convirtió en una especie de símbolo de lucha.

Los abuelos Teresa y Mario, recuperados a medias del dolor por la pérdida de su hija, se residenciaron en Mérida, buscando la paz y tranquilidad de la montaña.

Daniel se sobrepuso al calvario que le tocó vivir sin el apoyo de su madre, y con la ayuda de sus amigos y sus abuelos, defendió su tesis de grado para finalmente graduarse de Comunicador Social, emprendiendo rápidamente una carrera exitosa en diferentes medios de comunicación.

Con los años se mudó a Argentina, donde echó raíces definitivamente, trabajando como periodista y abogado a sus labores como luchador de los derechos humanos, en especial para la comunidad LGBT. Se enamoró de nuevo y junto a su pareja Alberto, formó un hogar. Después de mucho sufrimiento, finalmente Daniel era feliz.

Fin

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 14 días del mes de julio de 2022, el mismo día del año 1964 en que nace el poeta zuliano Carlos Ildemar Pérez.